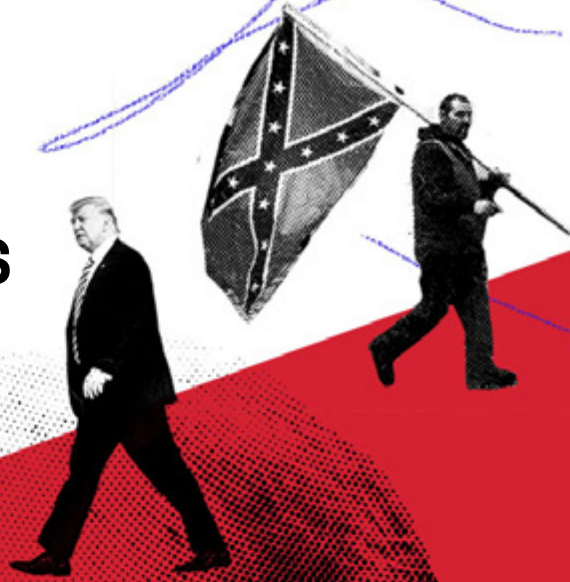


**POSTALES
DEL EPICENTRO:
ESTADOS UNIDOS
DESPUÉS
DE TRUMP.**



INFORME MENSUAL
EDICIÓN No. 2
ENERO 2021

IS **ROBERTSON**





INSTITUTO SAMUEL ROBINSON

INFORME MENSUAL EDICIÓN No.2
ENERO 2021

POSTALES
DEL
EPICENTRO:
ESTADOS
UNIDOS
DESPUÉS
DE TRUMP.

AUTOR:

Diego Sequera

*Escritor, investigador, traductor. Licenciado en
Letras por la Universidad Central de Venezuela.*

ÍNDICE



1. ————— PÁG. 06
INTRODUCCIÓN

2. ————— PÁG. 24
METAFÍSICA DEL
DESASTRE: DEL NEW
DEAL AL NEW BIDEN

3. ————— PÁG. 48
NOTAS PARA UNA TEORÍA
DE LA DESESPERACIÓN

ANEXO. ————— PÁG. 63
CAPITOLIO, 6 DE
ENERO DE 2021 - 17
DE ENERO, WASHINGTON
D.C., VÍSPERAS
DE LA INAUGURACIÓN



Bandera rota y Capitolio.
Foto: (Marco Verch / Flickr)

PRÓLOGO

Este trabajo fue escrito a lo largo del mes de diciembre. Los acontecimientos del 6 de enero lo obligaron a actualizarse; sin embargo, se respetó el modo y los tiempos en los que inicialmente fue escrito, pero fue necesario agregarle un anexo obligatorio al final.

En la primera parte se analiza las maniobras, entorno, contexto y procedimientos legales en el marco de las elecciones presidenciales en general, y en particular las del 6 de noviembre de 2020 que le terminó otorgando el título a Joe Biden. No obstante, dada la sobrecarga de elementos, intereses, acciones, maniobras y simulacros, aquí se presentan, a la luz reflexiva de dos teóricos del golpe de Estado, como una táctica insurreccional en el cuadro ampliado de la estrategia para derrotar a Donald Trump.

La segunda estudia desde la perspectiva histórica el trayecto del Partido Demócrata desde el momento en que se convierte en la organización político-electoral de los liberales (y uno que otro un poco más a la izquierda) desde los tiempos de Franklin Delano Roosevelt; también analiza cómo “el partido de la clase obrera” fue evolucionando hacia la construcción del mitológico “centro político” que lo convirtió en un partido no menos corporativo que el Republicano, bajo el mutuo consenso de los últimos años y cómo Joe Biden fue casi el promotor principal, por palabra y acción, del ininterrumpido transitar hacia ese “centro” que bastante se confunde con la derecha reaccionaria.

La tercera entrada es una acumulación de apuntes, más o menos dispersos, que cubren el ciclo insurreccional del verano de 2020 que elevó las cotas de tensión política y social en el país luego del asesinato de George Floyd en mayo. No obstante, es premisa de esos apuntes el ir más allá de los innegables aspectos orgánicos de la movilización y el conflicto social, también estuvo cargado de elementos sintéticos propios de la tecnología de las revoluciones de colores, por lo que inevitablemente concluye que los métodos de la agenda de cambio de régimen ahora se devuelven al principal estado promotor de los mismos. Toma en cuenta también cómo esta serie de sobresaltos políticos más que una señal de fortaleza certifican una desesperación que este trabajo también intenta, levemente, teorizar.

Por último, un anexo con un breve análisis de los aspectos más visibles y evidentes del intento de toma del Capitolio el 6 de enero en Washington D.C., por simpatizantes de Trump y otras organizaciones de la derecha en ese país y su consecuente (y más violenta) reacción por parte del resto del sistema gobernante, hasta el 17 de enero.

El riesgo al exceso de información obligó a excluir datos, temas, tópicos, entre otros, que seguramente pudieron haber contribuido al enriquecimiento del análisis general, por lo que se alenta a quien le interese agregarlos, retomarlos o usar este trabajo como base para seguir avanzando en un tema que va a dar mucho, pero mucho más en muy poco tiempo.

Por último, ha sido punto de honor el nunca emplear la voz “americanos” para hacer referencia a la población estadounidense o cualquier otra cosa que venga acompañado del gentilicio. Semejante majestad, hasta que no se revierta el secuestro imperial, corresponde a este lado del mundo desde la letal línea fronteriza México-Estados Unidos llegando al extremo sur del hemisferio, al menos hasta nuevo aviso.

1

INTRODUCCIÓN



Joe Biden muerde el dedo de su esposa Jill en un acto de campaña para las primarias en Iowa el 30 de noviembre de 2019
Foto: (Joshua Lott / Getty Images)

Joe Biden, de 78 años, será el presidente número 46 que ocupe la Casa Blanca. La ex senadora por California, Kamala Harris, será la primera mujer vicepresidenta de la historia de la nación. Los Demócratas reconquistan el Senado luego de la victoria electoral de Georgia el 5 de enero y controlan ahora las dos cámaras de la rama legislativa, lo que supone que su agenda deberá avanzar con mayor fluidez. La reconquista Demócrata no fue la anunciada “ola azul”, sino que tuvo un final de fotografía en las que tal vez sean las elecciones más concurridas de la historia reciente. Sin embargo, es mayor la proporción de simpatizantes republicanos que consideran que de alguna forma o de otra, perciben que le robaron los resultados en las las presidenciales y las senatoriales de Georgia. Razón o no, realidad o no, la división persiste y se hace más profunda. Respecto a todo lo relacionado al futuro inmediato de Estados Unidos, siempre será aconsejable dejar un espacio de reserva consciente a lo inesperado **(1)**. Buena medida de eso lo da el alcance de cuánto está genéticamente modificado y estimulado en una mil millonaria temporada electorera que hace más por mantener lo narcótico del espectáculo (mientras detrás de las cámaras operan las palancas nada carismáticas de los poderes en pugna), olvidando el mínimo requisito de elementos orgánicos que efectivamente deberían no sólo percibirse, sino ejercerse por parte de la ciudadanía que asume como ejercicio de soberanía el sufragio del voto. Todo es contingencia ahora.

1. Ver anexo al final.



Guardia Nacional del estado de Virginia frente al Capitolio el día de la inauguración presidencial
Foto: (The National Guard / Flickr)

■ ¿VICTORIA ELECTORAL, FRAUDE, INSURRECCIÓN BLANDA, O TODAS A LA VEZ?

2021 se inaugurará **(2)** con un cisma social tapiado por el intento de omisión narrativo de medio país: todo lo que por cuatro años se amontonó como fraude electoral con la llegada de Trump repentinamente cesó de existir: el sistema de nuevo es infalible, tal como te lo diría ahora CNN.

2. A diferencia de la sencillez de la mayoría de los sistemas electorales en el mundo —sus recursos de cómputo y supervisión del proceso; sus pasos legales hasta la declaración oficial, primero del ganador de la contienda y luego la confirmación definitiva del nuevo presidente—, el sistema estadounidense tiene tiempos mucho más dilatados entre un paso y otro que en cualquier otro país, toda vez que no existe una autoridad electoral única que centralice todo lo relacionado a los comicios y audite el proceso de escrutinio (cada estado tiene su propia legislación electoral con sus ramificaciones). Tampoco son, se sabe, elecciones directas, universales o secretas.

Este sería el paso a paso institucional hasta la inauguración de la nueva presidencia.

Tras el ejercicio del voto popular del 3 de noviembre, se otorga un plazo de cinco semanas para que terminen de darse los conteos estatales y comience la oficialización de los resultados en los Colegios Electorales, con lo cual inicia el rito de pasaje de la transición. Basados en su respectiva legislación, cada estado elige los electores de los Colegios y certifica el resultado en su dependencia. Las cinco semanas se cumplieron el 8 de diciembre de 2020, la Constitución dicta que se tendrán seis días adicionales para esta actuación. A este punto se le denomina la “fecha límite para llegar a puerto seguro”.

El Colegio Electoral con sus electores designados se reunieron el lunes, luego del segundo martes de diciembre, en las respectivas capitales estatales para ejercer su voto como elector de Colegio, de acuerdo a los resultados del voto popular en cada estado, el 14 de diciembre. Los certificados de dichos votos electorales, a continuación, deben entregarse oficialmente al Vicepresidente (a su vez presidente del Senado), a los secretarios de estado de los gobiernos estatales, al archivero de los Estados Unidos y a los jueces distritales donde tuvieron lugar las reuniones de los electores, el cuarto miércoles de diciembre (esta vez se realizó el 23 de diciembre).

El 3 de enero de 2021 se juramentaron los representantes del Congreso número 117. Tres días después, el 6, la Casa de los Representantes y el Senado llevan a cabo una sesión conjunta donde se realiza el conteo de los votos electorales, debiendo ser anunciados, uno por uno, por el Vicepresidente o, de decidir no asistir, al presidente pro tempore del Senado. Una vez que uno de los candidatos alcance los 270 votos electorales, se declara el ganador. En caso de ninguno alcanzar dicha cantidad, la presidenta o presidente del Congreso, valiéndose de la Doceava Enmienda de la Constitución, convocaría a un voto simple por cada uno de los estados de la Unión; quien alcance de primero los 26 votos a favor es declarado ganador. El 20 de enero, finalmente, se inaugura la nueva presidencia.

Ya desde antes de la propia elección, los señalamientos de fraude de Trump eran reducidos al repertorio de sus salidas disfuncionales como influencer. Pero para autoridades en materia de todo lo relacionado a lo cibernético, como el ex jefe de tecnología e informante (whistleblower) de la NSA y el primero en denunciar los programas de vigilancia masiva, William Binney, el fraude electrónico no solo es cierto, sino verificable. Binney, miembro de la Asociación de Veteranos de la Inteligencia en Defensa de la Cordura (los VIPS, en inglés), tal vez el grupo de profesionales de la seguridad más solvente en el país, es difícilmente un improvisado.

-

YA DESDE ANTES DE LA PROPIA ELECCIÓN, LOS SEÑALAMIENTOS DE FRAUDE DE TRUMP ERAN REDUCIDOS AL REPERTORIO DE SUS SALIDAS DISFUNCIONALES COMO INFLUENCER.

-

Contribuye también a la sospecha los “juegos de guerra” y los simuladores de escenario de un proyecto, que a mediados de año ya analizaban las distintas variables y factores de los actos electorales. El Proyecto de Integridad de Transición (Transition Initiative Project, TIP), armado, ejecutado e integrado por operadores, estrategas o políticos tanto demócratas como republicanos, lanzó varias de estas simulaciones tan temprano como julio y agosto del año que cierra. Preveía la simulación de “escenarios de fin de mundo” (dooms day scenarios), unas “11 semanas oscuras entre el día de la elección y el de la inauguración”.

Otros elementos fuera del ámbito tecnológico, también verificables, son las maniobras que antecedieron o acompañaron al evento electoral. Pepe Escobar resalta tres de ellas: 1) las modificaciones de reglas electorales en estados péndulo (los Swing States que definen y definieron el resultado final) con poca transparencia, antes del 3 de noviembre; 2) la “coronación de facto” de Biden por parte de AP, Google y Twitter mucho antes del resultado final y del ejercicio de los votos electorales; y 3) el “aplastamiento” de cualquier intento serio de auditoría en torno a la validez de los votos recibidos y computados. Agrega Pepe, citando una fuente de inteligencia, que a esto se le suma la decisión de la Corte Suprema de relegar el trabajo de investigación a los distintos estados en la Casa de Representantes, para evitar que la ira de una mitad del país se vuelque contra ellos, a pesar de todos estar conscientes de que el gran error táctico fue el robo excesivo de votos a favor de los demócratas. Todo esto en contrapunto al llamado de la dirección demócrata, meses antes, a ejercer el voto vía correo como una de las formas de escrutinio que previnieran el contagio por covid-19.

¿Importa en este punto esa versión de las cosas? Tal vez desde el punto de vista de la batalla política per sé, no: Team Trump también intentó lo suyo siendo el vencido en el choque de maquinarias; los derrotados y los victoriosos de este ciclo de batallas están claramente designados. Pero, por el otro lado, nunca se trató, para ninguna de las partes, en realidad, de un juego limpio y del ejercicio soberano del voto. Sobre este plano, lo esencial era la óptica, lo perceptivo. Detrás de eso, el choque casi abierto de maquinarias, dentro y fuera de lo electoral para alcanzar los objetivos respectivos: hacerse con el poder del estado o defenderlo. “Lo que es muy significativo de las elecciones en Estados Unidos; lo que es tan tan significativo sobre los últimos cuatro años patas arriba en Washington ha sido el hacer a un lado toda ilusión de democracia, y la demostración franca de poder verdadero ejercido por una camarilla de billonarios. Los europeos con pocas vías para obtener noticias independientes tal vez sean los últimos en enterarse. Pero con toda seguridad, China, Rusia, América Latina —y el Medio Oriente, que han sufrido la mayor parte de los asedios ‘morales’ y guerras de Estados Unidos y Europa— debidamente han tomado nota. No le darán más cabida al hostigamiento moral europeo o estadounidense”, dice Alastair Crooke, lapidariamente, constatando en términos anglo lo que en el mundo fuera de la citadela de la seguridad del norte global ya era más que certificado y evidente (sobre todo cuando en 2018 John Bolton asume el cargo de Consejero de Seguridad Nacional y Mike Pompeo la dirección del Departamento de Estado **(3)**).

Aceptando entonces que muy lejos de las expectativas y la significación que las elecciones presidenciales del 3 de noviembre pudieran tener para el ciudadano común, la “fiesta democrática” de esa fecha fue el choque de dos maquinarias y dos tecnologías políticas, donde una de ellas, la anti-Trump, rebasó y derrotó a su contrario. Viendo las elecciones bajo el prisma de los principales teóricos del golpe de Estado, Curzio Malaparte y Edward Luttwak, pudiéramos arrojar una luz distinta al modo de interpretar los eventos que signaron al 2020 estadounidense, con su clímax operativo el propio día de los comicios.

3. En 2018 comencé a escribir otra serie inconclusa llamada La batalla por la inspiración. En ella, mientras intentaba resaltar los puntos de fuerza e inspiración para resistir a lo que ha cobrado más forma como el atavismo barbárico del turbocapitalismo mientras en paralelo narraba la configuración consciente del mundo que le dio cabida a delincuentes como John Bolton, destacando que con su regreso, en el plano de la política (nacional y exterior) del norte global, se decretaba “la muerte definitiva de las formas habituales”, así en tanto que lo que es brutalidad pura y ejercicio de la fuerza recibiera un barniz de justificación “política” o humanitaria, ejecutándose como “formas muertas”. La infranqueable desnudez de los poderes fácticos que a pesar de manejar el sistema son actores extrapolíticos, dándole moldura a la fuerza al mundo actual, incluyendo lo que algunos llaman “solidaridad envenenada” o el establecimiento de una cultura de la crueldad (con una fuerte carga anestésica de indolencia y disgregación social). Tomando como punto de origen la consolidación desastrosa de la contrarrevolución en tiempos de Reagan, “[e]l ‘cartel de la Pax Americana’ [...] viene por lo suyo. Más de treinta años después — repitiendo las mismas formas de intoxicación informativas donde lo verosímil es un dato totalmente secundario, y la brutal ejecución de nuevas cotas de experimentación y destrucción en los escenarios de guerra urbana o aérea—, avanza la decisión administrativa, y desde ese uso nihilista de los grandes tópicos que organizan al mundo, soportándose en legalidades y conceptos, paradójicamente, para justificar sanciones, es, también, a su vez, el decreto de defunción de los modos políticos sobre una base coherente, es la pretendida expansión de la muerte definitiva de las formas habituales”.

LA INSURRECCIÓN ES UNA MÁQUINA, DICE TROTSKY; SE NECESITAN TÉCNICOS PARA PONERLA EN MOVIMIENTO, Y ÚNICAMENTE UNOS TÉCNICOS PUEDEN PARARLA

CURZIO MALAPARTE

modelos del estudio lo componen la insurrección capitaneada por León Trotsky, en 1917, que culmina con la toma del Palacio de Invierno y con la caída de Kerenski, y el contragolpe de Stalin contra el propio Trotsky en el intento fallido diez años después, a finales de 1927. En el núcleo del debate del primero, destaca el italiano la división de método en el centro del Partido Bolchevique, en el que por un lado Lenin, el Comité Central y la Comisión de la huelga general defendían la tesis de que era con la paralización del sistema mediante la huelga que las masas se harían con el poder, mientras que por el otro, Trotsky y Ovseienko apuntaban a crear una parálisis al sistema nervioso del funcionamiento del Gobierno, “la comisión, que se apoyaba en la masa de los obreros y desertores, quería derrotar al gobierno para apoderarse del Estado. Trotsky, que se apoyaba en un millar de hombres, quería apoderarse del Estado, a fin de derrotar al gobierno” (5).

En el segundo, el contragolpe que Stalin y la policía secreta, la Cheka, establecieron sobre los mismos carriles técnicos para revertir la maniobra de Trotsky.

“El problema del golpe de Estado moderno es un problema de orden técnico. La insurrección es una máquina, dice Trotsky; se necesitan técnicos para ponerla en movimiento, y únicamente unos técnicos pueden pararla. La puesta en movimiento de esa máquina no depende de las condiciones políticas, sociales y económicas del país. La insurrección no se hace con las masas, sino con un puñado de hombres dispuestos a todo, adiestrados en la táctica insurreccional, acostumbrados a herir rápidamente, duramente, los centros vitales de la organización técnica del Estado. Esta tropa de asalto debe estar formada por equipos de obreros especializados, mecánicos, electricistas, telegrafistas, radiotelegrafistas, a las órdenes de ingenieros, de ‘técnicos’ que conozcan el funcionamiento ‘técnico’ del Estado” (4).

Esto lo escribe Curzio Malaparte en 1929 y es publicado por primera vez en 1931. Los principales

4 Malaparte, Curzio. *Técnica del golpe de Estado*. Editorial Tolema. Traducción de Jacobo Gurdjieff. 2008, p. 44

5 Ibid, p.31

La brecha tecnológica y el peso de lo comunicacional en tanto máquina “productora de realidad” ostentaría hoy en día un peso superior, pero los principios esenciales se mantienen: ninguno de los comprobados intentos de derrocar políticamente a Trump durante sus cuatro años de caótico mandato (el Russiagate, que lo acusaba de encontrarse bajo extorsión de los silovikis de Putin, que mediante un jaqueo al sistema electoral, al que acusan a Wikileaks, contribuyeron con su victoria en el Colegio Electoral; el intento de impeachment acusándolo de tráfico de intereses e injerencia en los asuntos ucranianos) alcanzó esos objetivos, a pesar de contar más o menos con la misma clase de operadores (desde el FBI y la CIA, hasta una reserva de funcionarios de carrera a nivel federal, estatal y privados) como sí lo hizo ahora en donde lo políticamente sustancial se relegaba a un segundo plano, puesto que lo que denuncia Team Trump ocupa el plano de lo técnico y operativo: modos de votación, sistemas de voto y conteo, operadores políticos en el terreno y maniobras judiciales para crear condiciones: los ejércitos de esa insurrección.

Luttwak, partiendo de la misma premisa, establece en Golpe de Estado. Un manual práctico (1968) que la sustancia política que le dará dirección a la situación creada por el golpe es un paso siguiente, lo estratégico, luego de la ejecución táctica del golpe en sí, inspirando su estudio en una gama más vasta de experiencias golpistas, con particular énfasis en el Tercer Mundo. Y si el controversial Malaparte, más dado a la observación aguda (habiendo estado, por ejemplo, en Moscú en el intento fallido de 1927) y la reseña histórica croniquea esos momentos, Luttwak lo hace basado en modelos, precedentes y análisis de variables, un simulador cuya meta es el éxito de la propia operación, desde su planificación temprana a su ejecución.

Continuando el ejercicio de imaginar el tour de force del 3 de noviembre ya no como la convención electoral, como el acto en sí, sino como la base contextual y coyuntural para una acción que rebasa ese marco y cuya acción definitiva se basa en una operación contra el tiempo que deje armas a su contrario en aras de un objetivo estratégico fundamental: la retoma del estado y el retorno al consenso. Puestos a considerar que dicha acción necesita no aparentar su naturaleza y preservar las formas visibles y aceptables, pudiéramos, tal vez, llamar ese momento una acción insurreccional blanda.

“Si el principio general de la táctica —dice Luttwak— es la aplicación de fuerza en el lugar indicado, el golpe alcanza esto con precisión quirúrgica al atacar al corazón organizativo del Estado en su conjunto; si la velocidad por lo general es importante en las operaciones militares, en el golpe se trata de un requisito esencial. Pero un golpe se diferencia de la mayoría de las operaciones militares en un aspecto crucial: mientras que en la guerra a veces es ventajoso el retener algunas fuerzas como reservas para ser empleadas en fases posteriores (posiblemente más críticas) del combate, en un golpe aplica el principio del

compromiso total. La fase activa se da en un período corto de tiempo, y las fuerzas que se retienen hoy serán inútiles mañana: todas nuestras fuerzas deben ser empleadas en un solo enfrentamiento decisivo **(6)**.

Wisconsin y Michigan definido el primero como el foco central en la aritmética de los Colegios Electorales de ese año y donde todo el día emergieron denuncias de sabotaje de todo tipo (sobre todo en medios de derecha), convirtiéndose en los focos de conflicto electoral, donde las batallas judiciales fueron desmanteladas una a una; y 3) que la actuación de ese día venía parcialmente anunciándose y prefigurándose desde mucho antes: a finales de julio Nancy Pelosi, mientras sugería distintas estrategias y posibilidades de respuesta, dejaba más que en entredicho que no iban a aceptar, bajo ninguna circunstancias, una victoria de Trump; que lo mismo hizo Hillary Clinton un mes después. Públicas y notorias, las declaraciones de estas figuras de peso del partido van en dirección contraria a la idea de que solamente Trump declaraba que no iba a aceptar una victoria de los demócratas, puesto que el sistema estaba corrompido y mediante el voto por correo se estaba fraguando una maniobra golpista. Estas y otras eclosiones del panorama completo calaron con extrema facilidad en muchos círculos que quizás en otros contextos no hubieran aceptado el relato demócrata con tanta facilidad.



Los abandonados de Kansas City, Misuri
Foto: (G.S. Griffith / racisminkansascity.wordpress.com)

Desde la propia llegada de Trump, tres cuartos del establishment político del Washington Oficial (Mitt Romney fue el primer político del partido en felicitar a Biden), junto a la mayor parte de la clase mediática, la burocracia profesional y el estado nacional de seguridad no solo declarativamente se opusieron al presidente número 45, sino que abiertamente asumían “la resistencia” a la supuesta dictadura. Que los principales actores del establishment y portadores del consenso lo hicieran desde las principales estructuras del poder poco importó en el lenguaje general. Desde 2016 hasta ya casi los inicios de 2021 esta mezcla de factores apelaron a una infinidad de recursos de tecnología constitucional y

6 Luttwak, Edward. *Coup d'Etat. A practical handbook, revised edition*. Harvard University Press, 2016. Pp. 176-177

política, armando complejos entramados judiciales e institucionales que condujeran por distintas vías hacia una deposición del mandato de Trump. En el otro lado, la propia quintaesencia desastrosa de los círculos disímiles que ocuparon cargos de poder dentro de la propia administración exacerbaron la desnudez del sistema y su carácter abiertamente delincuencia, en el que no se escatimaron (lo veremos más adelante) estratagemas y maniobras híbridas de poder que llevaron al propio sistema a un grado de tensión, tanto en lo doméstico como en la política exterior, con el propio Trump en el centro como agente activo, pero también como distorsionada cabeza de turco de las interpretaciones con las que fueron ejecutadas, en especial el agónico ciclo del Russiagate, para encubrir el estruendoso fracaso de Hillary Clinton y de la maquinaria de consenso que sustenta el mundo que ella representaba.



Recepción al equipo de futbol norteamericano universitario de la Universidad de Clemson, 16 de enero de 2019
Foto: (@TheWhiteHouse / Twitter)

Para no abusar del espacio, consideremos un ejemplo de forma cualitativa. De todos los años de administración Trump, 2018 fue el más intenso en materia de despliegue de recursos de la “resistencia”. Todavía no se había alcanzado el infeliz y desinflado desenlace de la investigación a cargo de Robert Mueller, ex director del FBI y designado fiscal especial para investigar la “interferencia rusa” en las elecciones de 2016, a favor del saliente presidente. El 5 de septiembre de ese año, el New York Times publica una nota de opinión anónima bajo el título “Yo soy parte de la resistencia dentro de la administración Trump”.

El autor sin nombre habla como funcionario dentro de la administración, pero como infiltrado de la “resistencia”. Señala, por ejemplo, que “muchos de los funcionarios de alto nivel que diligentemente trabajan desde dentro [del gobierno] para frustrar partes de su

agenda y sus peores inclinaciones” y enfatiza: “Lo sabría. Soy uno de ellos”. Alega el in-nominado que no todo ha sido malo en el gobierno hasta ese momento, a pesar de todo lo que los medios “no cubren”, hay logros (que son de ellos y no del presidente 45) que han sido parte de esa gestión: “una desregulación efectiva, una reforma histórica de los impuestos, un ejército más robusto”. Ni más ni menos. Por esto y otras cosas es que, cuenta el autor, muchos funcionarios buscan “preservar las instituciones democráticas mientras frustran los impulsos más desorientados del señor Trump hasta que termine su mandato”. La “inestabilidad” y la “amoralidad” del presidente son de las señales más preocupantes para la “resistencia”, ya que esa falta de brújula lo ha llevado, por ejemplo, a manifestar simpatías por Kim Jong-un y una posible paz en Corea del Norte o no seguir el redil (aunque los diligentes infiltrados lo impidieron) en el esquema de agresiones contra Rusia. Confiesa que barajearon varias salidas, pero que “nadie quiso precipitar una crisis constitucional. Así que haremos —decía— lo que podamos hacer para hacer virar a la administración en la dirección correcta hasta que —de alguna forma o de otra— esto [el gobierno de Trump] se acabe”.

El Times, el 28 de octubre de 2020, reveló el nombre del autor del artículo: Miles Taylor, jefe de gabinete del Departamento de Seguridad Nacional (DHS, por sus siglas en inglés), la agencia federal de seguridad que entre otras cosas se encarga de la detención de migrantes y deportaciones. Un alto funcionario de una de las agencias más agresivas, creación central del mundo post 11 de septiembre durante el primer gobierno de W. Bush, se declara “en resistencia” y en sabotaje abierto contra el presidente de su país, en uno de los medios punteros tanto del establishment como de la propia “resistencia” anti-Trump. Esto debería ser suficiente síntesis de muchas evidencias. “Si habría de creerle al autor anónimo, entonces el estado de seguridad nacional efectivamente ha dirigido un golpe suave dentro de la Casa Blanca, tal como se ha hecho contra tantos gobiernos extranjeros”, señala Max Blumenthal en la introducción de su último libro **(7)**.

Visto así, no solo se hace plausible, porque ya sin tener que llamarlo “golpe de estado” en sentido estricto, que las acciones de la campaña que llevaron a Biden a la Casa Blanca, supusieron más una táctica insurreccional (Malaparte) que una estrategia electoral en el corto plazo, y un proceso disruptivo que intentó apuntar (fallando) en ejecutar un cambio de régimen antes del voto. Un movimiento de todo el aparato, que, igual que cualquier operación de cambio de régimen, activó una operación vertebrada desde diversos flancos que modificando el entorno fue produciendo, a partir de los objetivos conquistados,

7. Blumenthal, Max. *The Management of Savagery. How America's National Security State Fueled the Rise of Al Qaeda, ISIS, and Donald Trump*. Verso, Londres, 2019. P.3

defecciones y distanciamientos políticos a todo nivel, cerrándole así más salidas al atribulado candidato a la re-elección. Trump nunca tuvo presente lo que Malaparte llamaría “el arte de defender al Estado” (8).

El espectáculo de las elecciones, que en Estados Unidos alcanza gran dimensión, no solo es que haya perdido sustancia confirmativa o pacto de verosimilitud entre quienes sufragan y el sistema que se encarga de realizarlo, sino que en este punto ya podemos hablar de un grado de franqueza demoledor cuando se pondera la escala de irrealidad que implica, una “acumulación de espectáculos”, diría Guy Debord, “muestra a la vez como la sociedad misma, como una parte de la sociedad y como instrumento de unificación. En tanto que parte de la sociedad, es expresamente el sector que concentra todas las miradas y toda la conciencia. Precisamente porque este sector está separado es el lugar de la mirada engañada y de la falsa conciencia; y la unificación que lleva a cabo no es sino un lenguaje oficial de la separación generalizada”.

EL ESPECTÁCULO DE LAS ELECCIONES (...) NO SOLO ES QUE HAYA PERDIDO SUSTANCIA CONFIRMATIVA O PACTO DE VEROSIMILITUD ENTRE QUIENES SUFRAGAN Y EL SISTEMA QUE SE ENCARGA DE REALIZARLO, SINO QUE EN ESTE PUNTO YA PODEMOS HABLAR DE UN GRADO DE FRANQUEZA DEMOLETOR CUANDO SE PONDERA LA ESCALA DE IRREALIDAD QUE IMPLICA, UNA “ACUMULACIÓN DE ESPECTÁCULOS”.

Y esa separación tiene su propio campo semántico: intoxicación, operaciones psicológicas, un consenso teledirigido hasta la exacerbación, acciones específicas sobre el terreno en lo judicial y tecnológico, hasta la pérdida de verosimilitud, cuya carga aturdidora y laberíntica, además de exponer el esfuerzo de ocultamiento de la mecánica interna, lo pone en evidencia hasta tal punto que ambos extremos conviven. Se le pudiera agregar a esta afirmación una carga que seguramente pudiera ser denigrante para el orgullo del ciudadano promedio local, pero precisamente por todo esto también se confirma que se emplean los mecanismos de intervención y fraude empleado por ellos mismo en otras latitudes. Una victoria de Trump, vale decirlo, hubiera exhibido los mismos atributos. Pero un

8. Malaparte, *Ibid*, p. 46

dato no menos alarmante emerge en todo esto: por las razones que pudieran encontrarse (que pueden ser varias), la ilusión de totalidad y la ausencia de fracturas en el relato de ambos contrincantes tampoco son una preocupación. Hay un decoro que dejó de existir.

Sheldon Wolin pudiera ponerle “color gringo” a esa “separación generalizada” a la que aludía Debord como segunda premisa de La sociedad del espectáculo dentro de lo que él define como “democracia administrada” donde ya se maneja “una forma política en la que los gobiernos son legitimados por elecciones que ya aprendieron a controlar”:

“Estados Unidos se ha convertido en la vitrina de cómo la democracia puede ser administrada sin aparentar ser suprimida. Esto se ha logrado no mediante la imposición de la voluntad de un líder o del estado, eliminando forzosamente a la oposición, sino mediante ciertos desarrollos, notables en la economía, que promovieron la integración, racionalización, la riqueza concentrada y la fe en que prácticamente cualquier problema —desde la salida a las crisis políticas, incluso la propia fe— pueden ser administradas, esto es, sometidas a control, predictibilidad, y rentabilidad en la entrega del producto. Los electores se vuelven tan predecibles como los consumidores; una universidad, en su estructura, casi es racionalizada como una corporación; una estructura corporativa es tan jerárquica como una cadena de mando en el ejército. La ideología del régimen es el capitalismo, siendo tan virtualmente como indiscutible como lo fue la doctrina Nazi en la Alemania de los años 30. El desafío político ha sido el aprovechamiento de estas dinámicas diversas: una economía corporativa en búsqueda continua por nuevos mercados y salidas; iglesias que acechan por nuevos conversos; medios noticiosos y de entretenimiento tan ansiosos de expandir su cuota de mercado del mismo modo que lo están de lisonjear al establishment político; y una intelligentsia ávida por asegurar alguna medida de estatus acomodándose a ejecutivos, políticos y generales, y, sin dudarlo, decirle ‘las verdades al poder’” (9).

Afirmemos, entonces, que el principal cortocircuito a la efectividad del simulacro es el agotamiento, la falta de capacidad de renovar la ilusión democrática que sostenga el velo de la legitimidad general del sistema a niveles viables, donde la letra de su contrato social fuera al compás de su ejercicio verificable, y no una gran división entre todo lo que soporta al estado y su mitología, por un lado, y la población que es constantemente expoliada para darle viabilidad económica a un aparato burocrático que cada vez oculta menos sus rasgos plutocráticos y gerontocráticos; que su desnudez pudiera cubrirse; que el emperador tuviera en realidad sastre que le haga la ropa, y

9. Wolin, Sheldon. **Democracy Incorporated. Managed Democracy and the Specter of Inverted Totalitarianism.** Princeton University Press. 2008, p.46

por lo tanto aceptemos también, mínimamente, un elemento que pudiéramos llamar de carácter conspirativo.

No hay misticismo alguno en esto. No vamos a adentrarnos al enrevesado mundo de la teoría de la conspiración, cuyo uno de sus últimos avatares, el Qanon, es tan pernicioso como disfuncional, pero sí entendiendo conspiración como la planificación no admitida de plantear unos objetivos políticos, emplear una mecánica y una tecnología en esa dirección, sin reconocer la existencia de estas ideas puestas en prácticas, y tomemos por un momento los atributos de lo que trae a la realidad los componentes de un “evento profundo”, según lo caracterizaría Peter Dale Scott, varias décadas antes, donde la integridad del consenso transatlántico no se encontraba tan comprometido y pongámoslo a la luz de los choques de poderes detrás de ambos partidos, demócrata y republicano, Trump y Biden. Unos “eventos que sistemáticamente son ignorados, suprimidos o falsificados en documentos del gobierno, ejército e inteligencia, públicos (e incluso internos), así como en los medios mainstream y la conciencia pública. Subyacentes a estos frecuentemente está el involucramiento de fuerzas profundas vinculadas o bien al tráfico de drogas o a agencias de vigilancia (o ambas) cuyas actividades son extremadamente difíciles de discernir o documentar”.

De nuevo, se trata aquí de resaltar la metodología de preservación de una clase política, unas fuerzas económicas, una élite en el poder, sin la necesidad de apelar a misticismos sobre lo simple y banal de su verdadero carácter. Ese también es un signo de la época. “Un evento profundo claramente definido combina tanto características internas -evidencias, tales como una cobertura discernible, y aspectos que están siendo suprimidos, y características externas, una controversia en proceso y tal vez irresolubles respecto a lo que pudo haber pasado” **(10)**.

Con miles de muertos y millones de personas desempleadas durante una pandemia Estados Unidos entra en la segunda década del siglo XXI, hecha un polvorín social y gobernada por una clase dirigente cuyo divorcio guarda estricta relación con el propio ciclo de vida que engendra a esa misma meritocracia, urgida por preservar el estado de las cosas, o con la tarea de matizar, intoxicar u ocultar las razones de ese problema, sin poder hacer nada por impedir la sintomatología dramática que por un lado es una máquina que tritura vidas y por el otro un cruel teatrino en negación que denosta el enorme esfuerzo que hace esa misma clase dominante para retratarse a sí misma, empleando el disolven-

10. Scott, Peter Dale. **American War Machine: Deep Politics, the CIA Global Drug Connection and the Road to Afghanistan**. Rowman & Littlefield Publishers Inc. 2010, p.9

te de la propaganda y el esquema de administración perceptiva que nunca dejaron de emplear allende sus fronteras.

Pero ese país roto sigue su curso, habita en la historia y tiene sus propios patrones ontológicos que se expresará en sus extremos una vez que los diques físicos y narrativos se tornen aún menos eficaces. Ese país dividido y desesperado asume una metafísica de la confrontación.



Pobreza en Virginia Occidental, Condado de Tyler
Foto: (r/Trashy / Reddit)

“Hoy en día, dos caminos virtuosos están paralizados mientras se oponen. Ambos se perciben a sí mismos como los campeones de la renovación nacional, de la limpieza de ideales corrompidos, y de cumplir verdaderamente la promesa de Estados Unidos. Ambos creen fervientemente que solo ellos poseen la virtud. Pero los estandartes de la dirección de cada uno son espejos absolutistas del otro, pro y contra, todo o nada. Aún más, en asuntos distractivos, como en los 1770 y los 1850, crean el espacio de una tierra de nadie en la línea de la batalla, forzando a una mayoría de moderados y comprometiendo a quienes no tienen una participación activa a elegir o ser señalados como voluntariosos colaboradores del otro. Temas icónicos que ahora repre-

sentan el futuro de dos alianzas tribales ocupan el lugar de una sola (ex) nación”, dice el historiador conservador Michael Vlahos.

Esta herida abierta en el centro del alma de la nación “excepcional e indispensable” no solo atraviesa a toda la vida del país, sino que tiene claros responsables políticos y líneas históricas que así lo explicitan, y que, por cierto, superan al propio Donald Trump, haciendo imposible atribuírselas a su desastrosa gestión, a sus torpes pasos al abismo, a su incapacidad congénita de evitar ser sobremaniobrado por un entorno que sí conoce el sistema y tiene metas menos pedestres y reducidas a su nombre. Este nuevo episodio de la barbarie tiene muchos más méritos compartidos y distribuidos, difícilmente achacable a un revendedor de su nombre, profesional de la quiebra de sus propias empresas. Literal y figuradamente.

Ese reality show bufo, que se desplaza por encima de un escenario de confrontación que expresa el fermento del desastre económico y social, también forma parte de la misma espectacularización que encubre capas de realidad que apenas están emergiendo en este punto intermedio antes de que la pandemia le dé paso o bien al caos, o a los esfuerzos de controlar esa sociedad administrada, indistintamente de la precariedad en ascenso vertiginoso, cuando lo política exterior de un imperio se vuelve doméstica también.

■ EL PRECIPICIO Y EL BORDE

Sin todavía haberse proclamado presidente, y sin todavía haber atravesado el umbral del 6 de enero, algunos de los tópicos fundamentales de la potencial administración Biden ya aclara que algo hará por aliviar la deuda estudiantil universitaria, pero no tanto; que no revertirá “desde el día uno” de su gobierno, ni de forma integral, las políticas migratorias; tampoco pareciera hasta ahora que quiera ir muy lejos en materia de impuestos o de suministrar un alivio directo a la vasta mayoría poblacional afectada por la pandemia y la crisis económica; difícilmente reformará el sistema penitenciario que no ha cesado de crecer un segundo desde los años 90, sobre todo cuando las empresas privadas carcelarias repuntaron en la bolsa al momento de ser designada Kamala Harris como vicepresidenta; y, finalmente, en política exterior pudieran modificarse aspectos de formas respecto al desastre del departamento de Estado de los años Trump (sobre todo con la llegada de Pompeo y Bolton), ubicando en todos los puestos críticos en política exterior, seguridad y “defensa” a apparatchiks del consenso liberal totalitario de los años Obama, con funcionarios integrados (e integrales) a la puerta giratoria de la industria de la guerra, que jurídicamente acompañaron el programa de asesinatos por drone y el encubrimiento del programa de torturas de la CIA y muchos más dados a las simulaciones multilaterales y el repertorio formato “aproximación indirecta” de la guerra híbrida que desencadenó cinco de los siete teatros de operaciones militares del Pentágono todavía en curso.

Este supuesto “retorno de la cordura” en el imperio ni siquiera se ha intentado retratar bajo el aura de un movimiento gatopardiano, aquí no se simula un “cambiarlo todo para que todo permanezca igual”, por el contrario, por más intento de coalición de arcoiris que pudiera intentar sugerirse bajo la óptica identitaria de la vicepresidenta electa como un nicho de diversidad, no existe ningún esfuerzo para hablar de esperanza o renovación. Biden apenas habla de un país que tiene que “sanar”. Algo así como “tranquilos, que el susto ya pasó, ya volvemos a la normalidad”. Y probablemente este sea uno de los lugares donde radique alguna de las fallas de origen del retorno del consenso, el multilateralismo, las políticas “de centro” y el catecismo liberal en materia de valores univer-

sales. Porque a pesar de que es más que un deseo el retorno a las formas pre-Trump, tal cosa difícilmente sea posible. Un anhelado status quo ante donde las formas políticas (y las formas de cooptación) del descontento y la desesperación, sean cuales sean las diferencias entre el país político “rojo” o el “azul” podían, a pesar de distintos parálisis del gobierno, preservar los acuerdos fundamentales en materia militar, fiscal, económica, financiera y política exterior, todos bajo el paraguas neoliberal. Ese intento de retorno al consenso se intenta reinstaurar sobre una brecha aún más extendida entre la burocracia integral del poder (público y privado) y el resto de la población; y por el otro lado en dos cosmovisiones, como se ha visto, cada vez más divididas e irreconciliables.

George Packer, periodista que difícilmente pudiera verse como alguien “alternativo” o “antisistema”, escribía para junio, al calor de las protestas contra el asesinato policial de George Floyd en Mineapolis, y comparaba los eventos del verano de 2020 con el de 1968, año en el que Martin Luther King y Bobby Kennedy fueron asesinados, cortando en seco la vida del hombre que para ese momento representaba la causa de los derechos civiles llevándola a convertirse en ley, mientras se daban pasos que hacía retroceder al sistema de apartheid del sur del país; el otro, el líder político que con mayores posibilidades encarnaba la posibilidad de que esos valores, mal que bien, alcanzaran un rango mayor, con una verdadera posibilidad de un presidenciable. Al erizamiento en la lucha contra la segregación racial se le empaataba la oposición radical a la guerra en Vietnam; la izquierda universitaria comenzaría a radicalizarse mientras el FBI extendía el alcance del programa de infiltración de movimientos políticos revolucionarios o progresistas, el Cointelpro. Del 65 al 67, proliferaron manifestaciones como en Watts (Los Ángeles), Detroit, Chicago y Newark.

ESTADOS
UNIDOS ESTABA
DESGARRÁNDOSE
LAS COSTURAS,
PERO TODAVÍA
TENÍA COSTURAS.
LAS CALLES
ESTABAN
REPLETAS DE
MANIFESTANTES
CARGANDO CONTRA
EL ‘SISTEMA’,
PERO TODAVÍA
HABÍA UN
SISTEMA QUE
DERRUMBAR.

GEORGE
PACKER



Skid Row en Los Ángeles, una de las concentraciones de miseria y población sin vivienda más densas del mundo
Foto: (Mark Ralston / AFP - Getty Images file)

Para Packer, “Estados Unidos estaba desgarrándose las costuras, pero todavía tenía costuras. Las calles estaban repletas de manifestantes cargando contra el ‘sistema’, pero todavía había un sistema que derrumbar. Sus instituciones, básicamente, estaban intactas”. Packer también recuerda que frente al desastre al presidente Lyndon Johnson le dio tiempo para crear una comisión encabezada por el gobernador del estado de Illinois, Otto Kerner, y compuesta por senadores, congresistas, dirigentes empresariales, policiales, denominada la Comisión Nacional Asesora en Desórdenes Civiles, o la Comisión Kerner, esencialmente compuestas por figuras dirigenciales del establishment, realizó una investigación de siete meses, entregada en julio de 1968 al presidente Johnson, alertando la división del país en una sociedad blanca y una negra, las políticas de represión racializadas y la desigualdad en ascenso como las causas del conflicto. Las recomendaciones del Informe Kerner, como se le conocía, fueron descartadas por el saliente presidente Johnson, poco

antes del asesinato de King y Kennedy y el subsiguiente ciclo de revuelta, agitación social y reacción. “Un recordatorio sobre una oportunidad perdida”, lo llama Packer. Más ahora, que “la diferencia entre 1968 y 2020 es la que existe entre una sociedad que fracasó en resolver sus mayores problemas y una que ya no tiene los medios para intentarlo”. La desazón de Packer, alguien que no tuvo problemas en apoyar la invasión a Irak en 2003, entraña esa nostalgia que parte de la admisión de un sector liberal que tampoco es capaz de esquivar el estado de las cosas. “Los manifestantes se alzan contra una sociedad que no tiene la cohesión suficiente para conjurar una respuesta. Están martillando una estructura vaciada, que bien pudiera colapsar”, dice.

“En los Estados Unidos se observa la tasa de desigualdad de los ingresos más alta de los países occidentales. La reducción tributaria de diciembre de 2017, que ascendió a 1,5 billones de dólares, benefició abrumadoramente a los más acaudalados y agravó la des-

igualdad. Están claras las consecuencias de desentenderse de la pobreza y promover la desigualdad”, decía, en 2018, el Informe del Relator Especial sobre la extrema pobreza y los derechos humanos relativo a su misión en los Estados Unidos de América. Con datos del último trimestre de 2017, el informe denunciaba (para ese año) que 40 millones de personas vivían en situación de pobreza, 18,5 millones en pobreza extrema y 5,3 millones en pobreza absoluta “propias del tercer mundo”, junto a la tasa de pobreza juvenil y de mortalidad de lactantes de los países de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE), los países más desarrollados del mundo.

El relator Phillip Aston, en las 22 páginas de su informe, produce un retrato muy distinto (y poco visible) de la degradación total de la vida y apenas usa recursos y fuentes oficiales (que en algunos casos se ven obligadas a crear métodos suplementarios para corregir sus propias métricas), arrojando luz sobre un paisaje desolado donde queda claramente establecido que las personas sin vivienda, las madres solteras con problemas de abuso de drogas, el desempleado dependiente de los servicios sociales, o Puerto Rico en su totalidad, además de sospechosos

“EL CASTIGO Y ENCARCELAMIENTO DE LOS POBRES ES LA RESPUESTA TÍPICA DE LOS ESTADOS UNIDOS A LA POBREZA EN EL SIGLO XXI”

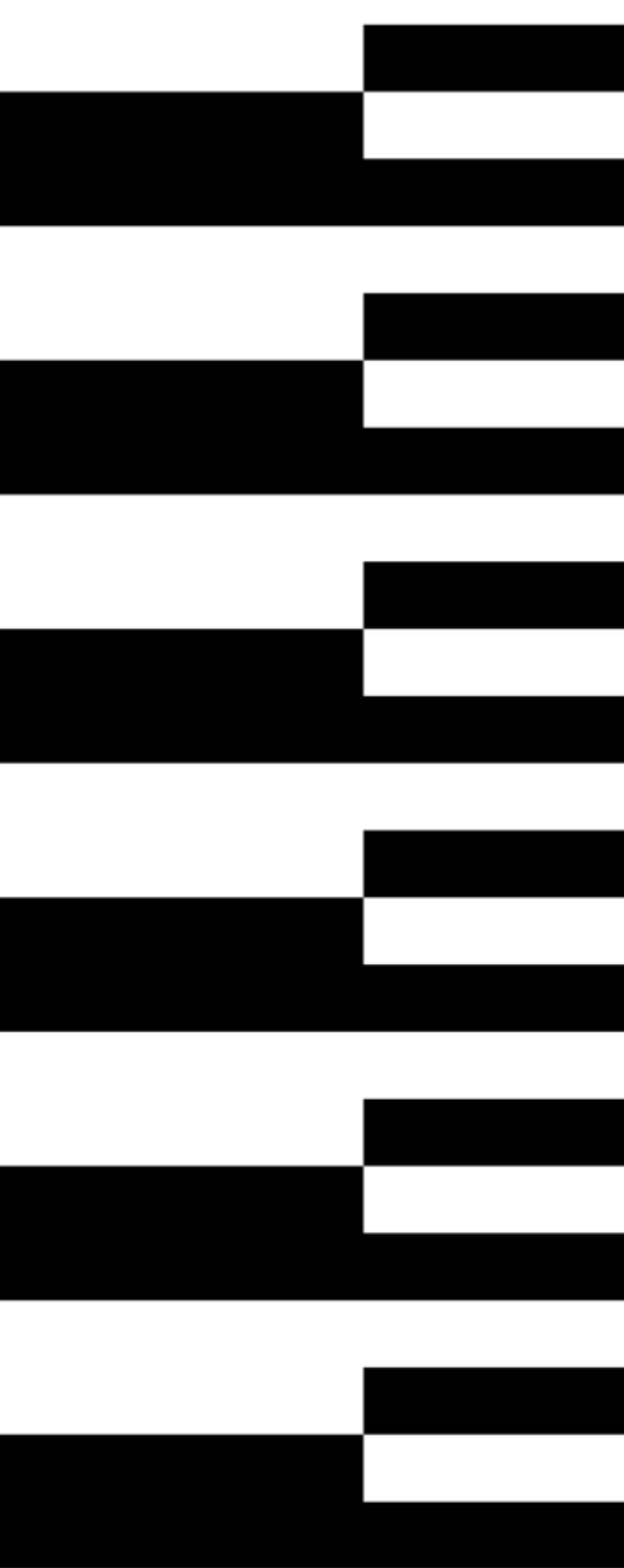
PHILLIP ASTON

son responsables de su estado de las cosas, mientras que ese estado de las cosas los llevan a ser parásitos que vivirán a costa del estado, un país que en “en el contexto fiscal se deposita una fe enorme en la buena voluntad y el altruismo de los beneficiarios empresariales, mientras que en el caso de la reforma de los servicios sociales se parte de supuestos contrarios”.

Donde se resalta el carácter de súper negocio del complejo penal-industrial; donde 49 millones de personas no tienen acceso a servicios odontológicos; donde queda claramente establecido que existe una política de fomento de la desigualdad a favor de los capitales concentrados, donde “consecuencia frecuente de la desigualdad extrema”, dice, “los poderes del Estado caen en manos de un grupo reducido de élites económicas” mientras -expone también el informe- estados como Alabama o Virginia Occidental “gran parte de la población carece de servicios públicos de alcantarillado y abastecimiento de agua”,

donde “en una noche cualquiera de 2017 cerca del 21% de las personas sin hogar (114.829) eran niños”; donde a la par de crear más exenciones tributarias a los más adinerados, “el castigo y encarcelamiento de los pobres es la respuesta típica de los Estados Unidos a la pobreza en el siglo XXI” y que “en última instancia, sobre todo en el caso de un país rico como los Estados Unidos, la persistencia de la pobreza extrema es una opción política de la que son responsables quienes ocupan el poder”, mientras que también resalta que así como es totalmente cierto que la población afro es la más pobre, existen mayor número de pobres blancos, la franja poblacional, por cierto, más afectada por la crisis de los opiáceos, además de “la tasa de encarcelamiento más alta del mundo”, dos tipos de encarcelamiento según la pigmentación de la piel.

Y consideremos dos cosas: la medida del informe retrata al país de hace cuatro, cinco años, donde pudiera pesarse por igual data que proviene del último año de Obama al primero de Trump, y que muchos de esos indicadores en la pandemia se han exacerbado de forma brutal. Ciertamente, se trata de “una opción política”, un acto de voluntad de la clase dirigente que se refleja en que este estado de desigualdad y división es sistémico y que como tal fue moldeado para adquirir esta forma en décadas, cosa que con el covid-19 se sigue acentuando: los programas de estímulo son un ciclo aún más intenso de transferencia de abajo hacia arriba, mientras que la escena política vive un cortocircuito en torno a la decisión de dar un cheque de 600 dólares o de 2000 de asistencia a la población, con la recomendación directa del propio Biden de dejarlo en 600, si acaso. Este desequilibrio es el acto consciente de la puesta en práctica de todos los dogmas de libre mercado, cuyo reverso es una explícita política de brutalidad y esclavismo, con claros responsables directos. En particular los propios demócratas, y, como se verá a continuación, de entre ellos, un tal senador de Delaware, llamado Joseph Biden.



INFORME MENSUAL

ENERO 2021

CAPÍTULO

NÚMERO

-

2

-

**METAFÍSICA
DEL DESASTRE:
DEL NEW DEAL
AL NEW BIDEN**



METAFÍSICA DEL DESASTRE: DEL NEW DEAL AL NEW BIDEN



Foto sin ubicación específica de la unidad
fotográfica de Roy E. Stryker, fechada en 1935.
Foto: (Unidad de Roy E. Stryker / Biblioteca del Congreso)

El Partido Demócrata era, en esencia, el partido de la reacción y el esclavismo sureño. El partido derrotado que batalló encarnizadamente por sus fueros posguerra, que representó al ala derrotada, que logró reconducir los esfuerzos de la Reconstrucción y la reconciliación para readaptar su visión mediante una nueva instauración segregacionista con las legislaciones Jim Crow, mientras que la verdadera reconciliación, más allá de la abstracción de los valores universales del norte, provino de la noción de meta común: primero con la expansión hacia el oeste, en la que cuadros militares del sur, bajo órdenes -por lo general- de oficiales del norte, consolidaban el desplazamiento y el genocidio indígena. Luego, reforzados en el espíritu de reunión con las expediciones extraterritoriales a Cuba, Puerto Rico y Filipinas (en 1898), a Haití, Nicaragua y República Dominicana (a partir de 1914), para finalmente coronar el proceso de rehabilitación mediante la inserción definitiva y la estabilización del ejército con Woodrow Wilson, las reformas militares del gobierno federal y la decisión de participar, en 1916, en la Primera Guerra Mundial.

Wilson, un hombre del sur que atestiguó en su infancia la Guerra de Secesión, reconocido como el gran liberal “humanitario” que se erigió como un héroe temprano del multilateralismo, imprimiéndole esa visión civilizatoria a la intervención, en oposición simulada a la fuerza bruta ejemplarizante de un Teddy Roosevelt, también se encargó de reinstaurar la segregación racial en las instancias administrativas federales, en paralelo a su presentación como campeón y árbitro de lo que debería ser el bien por la humanidad y el desarrollo. Detrás de la fachada política, operaban las visiones promotoras de la euge-

nesia y la continuación de la “era dorada” de finales del XIX que preservaba el lugar, obscuro, de los barones ladrones: los grandes empresarios e industrialistas que marcaron la impronta económica hasta finales de los años 20 del siglo pasado, dominando todas las palancas del poder político y económico. Si tal vez por abajo los puntos en común entre la población no eran tan fáciles de encontrar, por arriba, sin lugar a dudas, actuaba un consenso. El mismo que mientras profundizaba la brecha social condujo al país al desastre económico, a la depresión industrial y al crack financiero de 1929.



Franklin Delano Roosevelt dando una de sus transmisiones junto al fuego a la foto de la nación estadounidense.
Foto: Por archivo histórico universal. Getty

Ese consenso (y cualquier analogía con el momento presente es pura coincidencia) cíclicamente provocó movilizaciones políticas que luchaban contra esos círculos de poder que además se valían del control del Estado o bien para emplearlo a su favor o bien para esquivarlo en su proceso de acumulación perpetua. Estas movilizaciones tuvieron en el populismo la respuesta natural, y de amplio espectro más allá del bipartidismo, alcanzando cotas de masificación que ni los comunistas ni los anarquistas habían logrado hasta ese momento. Sin embargo, cíclicamente también eran derrotados cuando se aventuraban a convertirse en opción electoral o, por otras vías, de poder.

El desastre socioeconómico obligó a estos sectores del poder político-económico al repliegue, devaluados y como responsables directos para la opinión pública: la culpa caía incuestionablemente en banqueros, industrialistas y políticos conniventes. La desigualdad extrema (el patrón oro establecido para el momento pronunciaba la brecha de acceso a la masa monetaria), la pobreza extendida y el ejército de 12 millones de hombres y mujeres sin empleo (para ese momento) agudizaban el conflicto y demandaban una respuesta.

En ese contexto, Franklin Delano Roosevelt, un político aristocrático del estado de Nueva York (había sido senador y gobernador, entre otros) encabezaría esa plataforma de alianzas compuesta por políticos (de ambos partidos), sindicatos obreros y organizaciones rurales, planteando un nuevo acuerdo social (un New Deal) que estableciera el rol del

Estado como un regulador y benefactor, que separara la política de las finanzas (le Ley Glass-Steagal), que estimulara distintos proyectos insignia de desarrollo infraestructural y agrícola, mientras creaba los primeros programas de seguridad social, buscando saldar la deuda con la población abandonada, proceso que se iniciaría con la llegada a la Casa Blanca, en su primer mandato, en 1933. No sin fricciones o actos de resistencia bruta (como un intento de golpe de Estado en 1934, pagado por los mismos barones y poderes económicos) comenzó a andar el proceso de reanimación nacional.

-

SE TRATA DEL MISMO GOBIERNO ROOSEVELT QUE NO TUVO PROBLEMAS CON LOS CAMPO DE CONCENTRACIÓN PARA CIUDADANOS JAPONESES DURANTE LA GUERRA, O A QUIEN SE LE ATRIBUYE (ALGUNOS SOSTIENEN QUE APÓCRIFAMENTE) EL “NUESTRO HIJO DE PUTA” REFIRIÉNDOSE A SOMOZA O TRUJILLO.

-

Dice Thomas Frank en su libro más reciente, un acopio histórico de lo que es el populismo (pero sobre todo el anti-populismo) como tradición radical propia de los Estados Unidos (11), y es desde ese filtro que se asume la era Gran Depresión-New Deal y la naturaleza del ala liberal del Partido Demócrata de esos tiempos y los años siguientes.

“Por sobre todas las cosas había populismo en la Casa Blanca. Esta era la gran diferencia entre 1892 y 1932: en la última contienda, el hombre que unió a los campesinos y los obreros contra Wall Street resultó vencedor. Y luego volvió a ganar, aún más triunfalmente, cuatro años después. Franklin Roosevelt y su sucesor prosiguieron ganando tres veces más, sirviendo cinco períodos presidenciales en total. Y este presidente, el trascendente del siglo XX no solo hablaba de forma populista: cumplía. FDR rescató a granjeros y dueños de vivienda, protegió sindicatos, desdentó a los lobos de Wall Street, desbarató oligopolios, sacó a Estados Unidos del patrón oro, y -aunque no lo recordemos hoy en día- fue categóricamente condenado por los respetables de la na-

11. Esta pequeña mención al mundo “populista” de los tiempos de Roosevelt sigue de cerca al autor y las fuentes secundarias que emplea en los capítulos 3 “Peak Populism” (pp. 70-96) y 4 “The Upheaval of the Unfit” (pp. 96- 120) de The People, No: A Brief History of Anti-Populism. Metropolitan Books, 2020.

ción como el demagogo más peligroso de todos, una suerte de mandato de un hombre-turba” (p.73), realza.

Naturalmente, esto no vino sin contrastes. Se trata del mismo gobierno Roosevelt que no tuvo problemas con los campos de concentración para ciudadanos japoneses durante la guerra, o a quien se le atribuye (algunos sostienen que apócrifamente) el “nuestro hijo de puta” refiriéndose a Somoza o Trujillo. Es el mismo cuyo esfuerzo no siempre se tradujo, en el sur del país, en la superación del sistema Jim Crow y el segregacionismo que su copartidario reforzó casi dos décadas antes. Tiene sus límites, y el materialismo histórico pudiera aguar la fiesta de otras formas respecto a este aristócrata. Eso no excluye la dimensión de una serie de reformas que salvaron al país de la ruina absoluta **(12)** (y de quién sabe qué más, en pleno auge del fascismo), que produjo un fuerte y entusiasta movimiento cultural que arraigó el mito del “país de todos”, que instauró una cultura cívica respecto a la responsabilidad del Estado y el Gobierno, su orientación, a la población general. Así no se haya tratado de una revolución de naturaleza bolche, porque además obedece -siguiendo a Frank- a una tradición y un impulso específico del país **(13)**, contrastarlo ahora -su posición respecto a la banca, por ejemplo- lo pondría en una luz de radicalidad perturbadora. Toda vez que estableció por mucho tiempo la vara de grandeza en el liberalismo de ese país (de ambas alas “de izquierda” de los partidos, cuando eso ocurría), es también el exhorto de Frank a sus lectores sobre esos años, ahora que muchos no conocieron lo que significaba ser el país de la clase media:

“Los años en los que los liberales estadounidenses se reían de las ‘leyes económicas’, expulsó a los ‘usureros’ (money changers) y declaró que ‘el pueblo es lo que importa’ fueron también los años de máxima grandeza liberal. Los días de ascenso cultural del populismo en este país coincidieron con la conquista gradual de la depresión económica y la victoria de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial. El populismo fue lo que

12. “Existió una importante diferencia respecto a la experiencia [populista] de la década de 1890. Una vez que Herbert Hoover se fue de la Casa Blanca en 1933, el gobierno federal dejó de automáticamente ponerse del lado de la clase adinerada (business class), y sin el respaldo de Washington, los empleadores descubrieron que era poco lo que podían hacer embistiendo a los huelguistas y luego arreglar en función de sus exigencias de horarios más cortos y mejor paga. Por lo común, los tiempos difíciles son particularmente duro para los sindicatos, ya que habría un vasto océano de trabajadores desempleados chapaleando alrededor de la economía, debilitando cualquier reclamo que pudieran hacer otros trabajadores. Pero en los años 30, con la fe capitalista en ruinas, todo era diferente. La gente acudió en masa a las organizaciones laborales como sus abuelos lo hicieron incorporándose a la Alianza de Granjeros durante los días difíciles de los 90 del siglo XIX. Organizarse parecía ser la única manera de salir de la crisis; los sindicatos ganaron una batalla tras otra; y el resultado fue el triplicar sus dimensiones en ocho años de 1933 a 1941 (pp.71-72)”.

13. Dijo Frances Perkins, quien fue su Secretaria del Trabajo, encuadrando la era del New Deal: “¿Fue una estrategia política? ¿Fue solo el nombre de un período de la historia? ¿Fue una revolución? A todas esas preguntas respondo ‘No’. Fue, creo, básicamente, una actitud. Una actitud respecto al gobierno, hacia el pueblo, hacia el trabajo. Fue una actitud que encontró una voz en expresiones como ‘la gente es lo que le importa al gobierno’ y ‘un gobierno debería, bajo su jurisdicción, apuntar a darle todo al pueblo; la mejor vida posible” (Op. Cit. pp. 73-74).

fortaleció a los sindicatos y construyó una democracia de clase media. El populismo, entendido como es, es lo que le permitió a Roosevelt ganar cuatro elecciones presidenciales (y a Harry Truman una quinta); es lo que le dio a los Demócratas semejante mayoría sólida en la Casa de Representantes [el Congreso] que no perdieron, a excepción de dos interregnos, hasta 1994 **(14)**".

LA MARCHA HACIA EL CENTRO POLÍTICO Y EL ESTADO DE SEGURIDAD NACIONAL

La muerte abrupta de FDR poco antes de terminar la Segunda Guerra Mundial y a poco tiempo de asumir su cuarto mandato supuso la suspensión del avance de las mismas ideas del New Deal, junto al espíritu de cooperación que aspiraba vislumbrarse en el mundo de posguerra en el que la Unión Soviética no se consideraba un enemigo, sino el aliado decisivo para la arquitectura de las

instituciones internacionales que aspiraban a un equilibrio global justo, incluyendo la descolonización de los territorios y naciones bajo la égida de los anacrónicos imperios británico, francés y portugués. Esta era la posición de los principales aliados de FDR como Henry Wallace, Harry Hopkins o Frances Perkins, junto a diversos gobernadores y parlamentarios tanto demócratas como republicanos. Por el contrario, la llegada de Truman significó la cortada en seco de ese proyecto y el uso de ese sistema (Naciones Unidas, las instituciones del Bretton-Woods, etc.) como palancas del conflicto en la



George McGovern en campaña, flanqueado por Lyndon Johnson y John Fitzgerald Kennedy (1972)

14. Frank. Op cit, pp. 94-95

emergente Guerra Fría y el nacimiento del estado de seguridad nacional, con la creación de agencias como la CIA, la NSA y la DIA, con una fuerte carga anticomunista y con figuras no menos fanáticas como Allen Dulles.

Sin embargo, la impronta New Deal establecía la ruta de ese liberalismo que continuó vigente no solo en la psique de la gente, sino en la rama legislativa y en gobernaciones. Para ese ala del Partido Demócrata era imposible desentenderse del todo de esa cosmovisión de la ética liberal y la plataforma de alianzas que representaba el partido. Por otro lado, las bombas atómicas arrojadas sobre Hiroshima y Nagasaki, la injerencia directa en los procesos políticos de Italia y Grecia en la disputa de las zonas de influencia, la guerra de Corea, iban pronunciando el cisma de la Guerra Fría. En política doméstica puede que hasta un conservador como Eisenhower se apoyara sobre las bases legadas del orden del New Deal, pero el estado de seguridad nacional junto a sus ahora rehabilitadores sponsors (Mellon, Rockefeller, Morgan, DuPont, Warburg) tenían otras ideas. La estampa definitiva de ese choque se consagraría entonces con los golpes en Irán (1953) y Guatemala (1954), consolidando la dirección contraria a la mirada soberanista de los aliados de Roosevelt desmantelados en el período Truman. La famosa advertencia del propio Eisenhower sobre los peligros de que el “complejo militar-industrial” asumiera las riendas del país apuntan a esa disonancia. Durante todo ese período, prácticamente una década hasta la llegada del demócrata patricio John Fitzgerald Kennedy, el país de la clase media vivía rehén del pánico nuclear.

El intento de invasión a Cuba por Playa Girón (la Revolución Cubana había aprendido la lección de Guatemala 1954) y la crisis de los misiles condujeron a Kennedy a un autoexamen cuyas conclusiones fueron: 1) la urgente necesidad de revertir la amenaza nuclear produciendo una entente cordiale con el liderazgo soviético y 2) la necesidad de reformar, cuando no desmantelar, el estado de seguridad nacional emergente, encarnado principal y fundamentalmente por la CIA. Su asesinato en noviembre de 1963, en Dallas, supuso la constitución de la vía libre para ese estado de seguridad nacional, el incremento de “asesores” a Vietnam del Sur con la escalada de la guerra y la continuación de la Guerra Fría.

Eso hizo que con Lyndon Johnson conviviera la Guerra Fría con el espíritu populista y residual del New Deal sin ninguna dificultad, su aproximación seudopopulista con la política de la “gran sociedad”, el proyecto de lucha contra la pobreza y el abandono del sur, de largo la zona más desigual y menos desarrollada del país. Así, al mismo tiempo en que Johnson daba esa batalla socioeconómica mientras escalaba Vietnam, invadía República Dominicana y los servicios de inteligencia estimularan la descomunal masacre contra los comunistas/nacionalistas y el derrocamiento de Sukarno en Indonesia.

Más allá de la aparente paradoja johnsoniana, la lucha por los derechos civiles, en particular contra el sistema de apartheid del sur, liderados por figuras puntales como Martin Luther King, condujeron a que la política a la gran sociedad le acompañara también las reivindicaciones que una vez más, con el filtro Frank, entrañaba para ese momento un espíritu populista, cortado en seco por el estado de seguridad nacional.

Uno de los factores de oposición y resistencia a las políticas de “desegregación” racial se encontraba en el ala sureña y conservador del propio partido, representado para ese momento por el gobernador de Alabama, George Wallace. Wallace en 1966 y la campaña de Barry Goldwater por el Partido Republicano de 1964 constituyeron el germen que haría de los conservadores un movimiento político que paulatinamente iría asumiendo una visión de mundo que permearía la idea, por un lado, de que era el Partido Republicano el representante de la clase media y obrera blanca (Kazin, p.246), toda vez que la derrota de Hubert Humphrey contra Richard Nixon en las elecciones de 1968 conduciría a los demócratas a un proceso de revisión y reforma con la creación de la Comisión McGovern. La premisa esencial: el orden del New Deal, su sistema de alianzas y su peso fundamental en las organizaciones laborales

había caducado. Poco importaba que lo que hizo que la derrota de Humphrey contra Nixon fuera aún más demoledora fue, precisamente, la movilización sindical que veía una clara amenaza en los Demócratas del sur de Wallace.

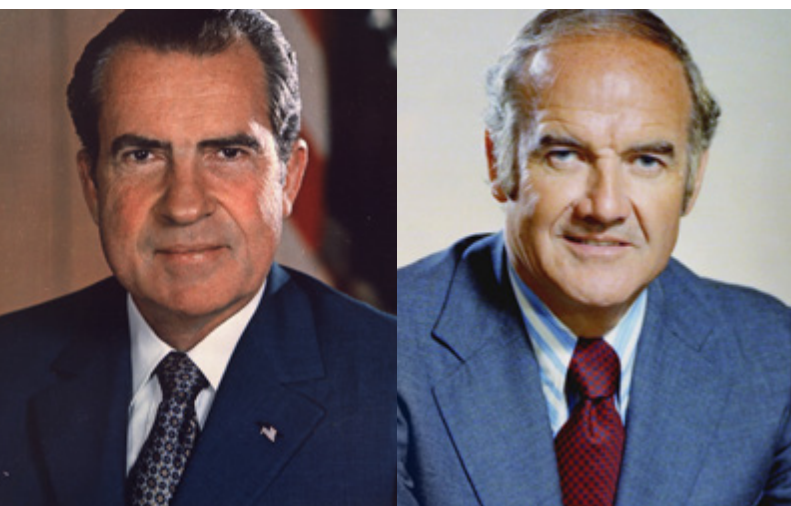
“La alianza de organizaciones laborales-liberales forjada en los años 30 fue víctima de su propio éxito”, dice Michael Kazin (15). “Estados Unidos era un país muy diferente al que había sido al final de la Segunda Guerra Mundial. La falla tectónica abierta en los 60 cedió ante un paisaje abrupto y racialmente definido que no se podía reducir a quienes tienen y quienes no. Y las organizaciones laborales -en el pasado un bastión del imagi-

“
LA ALIANZA DE ORGANIZACIONES LABORALES -LIBERALES FORJADA EN LOS AÑOS 30 FUE VÍCTIMA DE SU PROPIO ÉXITO.

” **MICHAEL KAZIN**

15. Kazin, Michael. *The Populist Persuasion: An American History*, Cornell University Press, 1995, p. 246

nario del populismo de izquierda- con frecuencia no estaban dispuestas y cada vez más incapaces de desafiar la legitimidad de las grandes corporaciones que le daban empleo a miles de miembros de sindicatos” (16).



Richard Nixon Foto: National Archives at College ParkGeorge McGovern_Bachrach Foto: Getty Images

Para Thomas Frank, varias de las reformas de la Comisión McGovern eran saludables, puesto que revertía el poder de las maquinarias a nivel de gobernaciones y localidades en favor de unas primarias, además de exigir una cuota de “parámetros demográficos” para incorporar mujeres, minorías y jóvenes. Pero la Comisión “omitió un grupo importante: no hizo nada para asegurar la representación de las personas de la clase obrera” (17).

“Antes de la reforma, existía un sistema de partidos estadounidense en el que uno de ellos, los Republicanos, principalmente respondían a un electorado cuello blanco y en el que otro, los Demócratas, respondían, principalmente, a un electorado obrero. Luego de la reforma, se trató de dos partidos cada uno respondiendo a coaliciones cuello blanco algo distintas, mientras que la vieja mayoría obrera dentro del partido Demócrata se vio forzado a apretarse de vuelta al partido que alguna vez se identificó predominantemente con sus necesidades”, apuntaba el politólogo Byron Shafer (18).

Cabría mencionar que el “relanzado” partido que adoptó las reformas de la Comisión, para las siguientes elecciones, se enfiló logrando una abrumadora victoria electoral, pero para un segundo mandato de Richard Nixon en 1972. Su candidato era el senador por Dakota del Sur, George McGovern, un liberal vieja escuela (verdaderamente una persona solvente en términos de ética y decencia humana), quien presidió la Comisión que le abrió la compuerta a la tecnocratización del Partido Demócrata, el culto a la meritocracia y al producir ese vacío doctrinario, puesto que el abandonar a los obreros “fue la

16. Ibid, pp, 246-247

17. Frank, Thomas. Listen, Liberal or What Happened to the Party of the People. Metropolitan Books. 2016, p.44

18. Ibid, p.44

apertura que le permitió a los Republicanos el llegarle a los votantes clase obrera con su arsenal de fantasías de guerra cultural” **(19)** (p.45).

Nixon reconoció su victoria de 1968 como una alcanzada por la “mayoría silenciosa”, esa noción difusa que buscaba aludir al habitante promedio, suburbano, escandalizado por las “revoluciones culturales” de los 60 junto a la radicalización de la nueva izquierda y en algunos casos por la Ley de Derechos Civiles de Johnson de 1964, mal disimulando las pulsiones cripto-racistas que tuvieron un precursor en el Demócrata Wallace **(20)** y ahora parte del fermento cultural de la clase media y baja.

Desde 1964, la derrotada campaña electoral del senador conservador Barry Goldwater (no necesariamente un conservador radical en la forma de la Sociedad John Birch) estableció la cartografía demográfica y electoral que pasaría a ser primero el objetivo de la plataforma de Nixon, y luego de los propios demócratas con la “estrategia sureña”, la combinación de elementos de la “mayoría silenciosa” con los demócratas dixiecrats (en alusión a los estados del sur profundo, los estados principales de la antigua Confederación) que preservando el racismo estructural se opusieron de forma franca -a pesar de ser derrotados- a las políticas de de-segregación y la legislación en pro de los derechos civiles, cuyo punto de origen en tanto reacción política, por cierto, se encontraría en el desmantelamiento de las políticas de división racial en el ejército a finales de los 40, de la mano de Truman.

Pero no solo se trataba de la “cuestión racial”. El paulatino viraje blanco también adoptaba otro elemento clave del campo semántico de la resurgencia conservadora: la descon-



George Wallace sentó la ruta sureña a la estrategia electoral (1972)

19. Ibid, p.45

20. Kazin: “Las campañas presidenciales de George Wallace en 1964 y 1968 señalaron el camino. Entrenado en la jerga de los blancos sureños comunes, Wallace se asumió como el campeón de cualquier ciudadano hostigado por los burócratas arrogantes, pero ineptos; los manifestantes desalineados, pero antipatrióticos, y las minorías criminales: mismos que no hacían nada por la sociedad. Su ‘gente’ tenía trabajos poco glamorosos y una cultura que premiaba familias cercanas y una fe inquebrantable en Dios y el país. Y, aseguraba Wallace, estaban ‘cada vez más hartos y van a voltear al país’”. Op. Cit, p. 224

fianza en el Gobierno federal, sus agencias y, siguiendo lo dicho por Wallace, “los derechos de los estados”. Esta impronta no es menor y coludía con la visión estereotípica del funcionario liberal, comunistoide según el cliché, que era la razón de ser de esa suerte de “estatismo” (parasitario) post New Deal que atentaba contra el valor del trabajo (en oposición a las minorías que se beneficiaban del estado de bienestar) y la injerencia de una entidad suprema, dictatorial, que aplastaba los derechos del individuo sobre una colectividad, según esa visión del progreso, en desmedro de la superación personal **(21)**. El germen de ese movimiento de derecha a la vez insurreccionista y pro turbocapitalista que muchos años después logró sintetizar esos sentimientos primero en un movimiento, el Tea Party, y luego ya no en un candidato, sino en un presidente.



Richard Nixon, vencedor en las elecciones de 1972, en campaña en New Rochelle, Nueva York. En 1958, una recepción completamente distinta lo recibió en Caracas en su visita oficial como Vicepresidente cuando su vehículo fue asaltado y apaleado por manifestantes venezolanos.

El legendario Hunter S. Thompson en 1972 cubrió primero el proceso de primarias y luego la campaña presidencial de McGovern en lo que sería la crónica desopilante de ese año, lanzando el mejor retrato del momento con sus alucinaciones y su horror frente a esa suerte de monstruo durmiente. El vértigo de una victoria absolutamente legítima y abrumadora (con más de veinte puntos porcentuales de Nixon sobre el senador de Dakota del Sur) ofreciendo uno de los mejores alegatos del momento y del futuro:

21. Kazin: “Dos décadas de prosperidad relativa no había hecho desaparecer las inseguridades culturales y económicas que habían sido el combustible de movimientos de masas durante la Depresión. Millones de blancos se habían beneficiado de la fuerza de los sindicatos y la generosidad federal a las industrias de la defensa, educación, transporte y construcción. Pero ahora muchos sentían que sus buenos empleos, sus hogares modestos, y su seguridad personal estaban bajo asedio por las autoridades liberales por arriba y las furiosas minorías por abajo, al mismo tiempo”. Op cit, p.223

**REFIRIÉNDOSE A NIXON,
THOMPSON DIJO: “NUESTRO
PRESIDENTE BARBIE,
CON SU ESPOSA BARBIE
Y SU CAJA LLENA DE
HIJOS BARBIE TAMBIÉN
ES LA RESPUESTA DE
ESTADOS UNIDOS AL
MONSTRUOSO MR. HYDE.”**

“Existe casi una claridad Yin/Yang en la diferencia entre estos dos hombres [McGovern y Nixon], un contraste tan severo que sería difícil conseguir a otros dos mejores modelos en la arena de la política nacional para la dualidad legendaria -la Personalidad Dividida congénita y los instintos polarizados- que cualquiera excepto los estadounidenses ha dado por sentado como la clave de nuestro Carácter Nacional. Esto no era lo que Richard Nixon tenía en mente cuando dijo, en agosto pasado, que la elección presidencial de 1972 le ofrecería al electorado ‘la opción más clara del siglo’, pero a un

nivel que él mismo nunca comprenderá cuánto probablemente de razón tenía... y es el propio Nixon quien representa ese lado violento, oscuro y venal del carácter estadounidense que casi todos los demás países en el mundo aprendieron a temer y a despreciar. Nuestro presidente Barbie, con su esposa Barbie y su caja llena de hijos Barbie también es la respuesta de Estados Unidos al monstruoso Mr. Hyde. Le habla al hombre lobo en todos nosotros; al bully, al tramposo depredador que se convierte en algo innombrable, lleno de garras y cordeles de verrugas sangrantes, cuando la luna se acerca demasiado...”(22).

“‘Ominoso’ -continuaría Thompson más adelante- no es exactamente la palabra correcta para una situación en la que uno de los políticos consistentemente más impopulares de la historia estadounidense de repente asciende meteóricamente al estatus de héroe popular mientras que sus asesores más cercanos son atrapados casi a diario en trabajos tipo nazi que avergonzarían a Martin Bormann [el secretario de Hitler]”(23).

Y es que lo que para Thompson se veía claramente como el paso definitivo del declive moral de la nación se le agregó el escándalo del Watergate, con todas las acciones encubiertas que -pasando raudo por el tema- los staffers de Nixon, junto a operadores políticos y de los servicios de inteligencia doméstica, en una serie de acciones de espionaje a la campaña demócrata que lo llevarían primero al inicio del impeachment y a su renuncia, cediendo su lugar al vicepresidente Gerald Ford. Tal vez el hito fundamental que nutriría a la mitología pseudo-insurreccional de la derecha estadounidense, que a su vez volcaría a la clase política en su conjunto en esa dirección, rumbo al extremo centro.

22. Thompson, Hunter S. *Fear and Loathing on the Campaign Trail '72*. Harper Perennial. 1973, p. 392

23. *Ibid*, p. 393



Election 2020 DNC Biden
Foto: AP

EL MOMENTO DE JOE: ENTER THE BIDEN

Desde niño Joe Biden quiso ser presidente **(24)**. Y el camino fue arduo. No libre de tragedias. De las personales y las que facilitó con su carrera política. Que comenzó en las grandes ligas del Senado en 1972, ese mismo año de debacle de su partido que vio la llegada de Nixon a la Casa Blanca por segunda vez poco antes del ciclo de convulsiones institucionales y virajes doctrinarios.

A pesar de varios intentos por autorretratarse como activista de los derechos civiles, su “labor social” no fue más allá de ser el salvavidas en una piscina comunitaria en un sector de mayoría afro de su condado y que su récord como opositor a las políticas de des-segregación fue uno de los misiles que bien supo explotar en el primer debate público en las primarias, no sin saña y sentido de oportunidad, quien para ese momento era

22. Marcetic, Branko. *Yesterday's Man: The Case Against Joe Biden*. Verso Books. 2020, p.13.

su rival y ahora su vicepresidenta, Kamala Harris. Hasta ahora no ha logrado superar ese alegato que rutinariamente varios medios lo recuerdan.

De concejal del condado de New Castle, Delaware, quien decidió afiliarse a los demócratas de forma algo tardía se erigió como candidato emergente para el senado, con un fuerte componente ambientalista destronando de su puesto en el senado a quien había sido el político gravitacional de su estado, el republicano liberal J. Caleb Boggs. No importa cuántas veces Biden intentó promover la idea de que fue la guerra de Vietnam y la lucha por los derechos civiles lo que lo condujo a la política, en esa misma campaña criticó el plan de salida de Vietnam de su candidato presidencial, McGovern.

-

QUIEN QUISO SER “EL KENNEDY DE DELAWARE” ATACANDO A LAS CORPORACIONES Y DENUNCIANDO LOS “INTERESES ESPECIALES” APENAS COMENZABA A DAR SUS PRIMEROS PASOS SIENDO EL SENADOR MÁS JOVEN, 29 AÑOS, EN SER ELEGIDO.

-

Quien quiso ser “el Kennedy de Delaware” atacando a las corporaciones y denunciando los “intereses especiales” apenas comenzaba a dar sus primeros pasos siendo el senador más joven, 29 años, en ser elegido. Algo que no le impidió que luego de su victoria, apoyado en la plataforma laboral pero también en la no tan anti-segregación clase media delawareana, en un hotel de los DuPont, decir “los liberales creyeron que me contenía. No estaban muy al tanto de que no soy un liberal. Los conservadores pensaron que era demasiado liberal” **(25)** con lo que rubricaría su duplicidad conciliatoria de ahí en adelante.

“Biden se ha ceñido a una estrategia a la [Hillary] Clinton diciéndole a distintos públicos lo que sea que quisieran escuchar. Y mientras no alcance la escala de corrupción en la que se han involucrado Clinton y Trump, Biden ha tendido a seguir las instrucciones de sus patrocinadores adinerados y corporativos mientras le permitía a su familia sacarle ganancia a sus conexiones políticas”, sentencia su biógrafo Branko Marcetic **(26)**.

25. Ibid, p. 23

26. Ibid, p.10

Ahora que este veterano con más de cuarenta años de experiencia política de alto nivel vuelve a confirmar, a despecho de quienes lo apoyaron so pretexto de “forzarlo a la izquierda”, que su deferencia y su mirada conciliatoria no es algo que se haya orientado a la izquierda, sino en dirección contraria: su visión del “centro” es la modélica derechización de todo.

Su abulia en la lucha contra la segregación, para Marcetic, ya prefiguraría pasos subsiguientes en sus acciones de senador. Los aires de “cambio” en los 70 en los que su partido abandonaría su plataforma y su identidad popular le facilitó a Biden el migrar tempranamente de los tópicos de la clase obrera a los de la clase media con las preocupaciones e inseguridades levemente glosadas más arriba. “Este fue un patrón para el resto de su carrera: cada vez que alguna histeria de derecha atraparía al público, Biden sería llevado por el frenesí, yendo más allá que incluso algunos de sus colegas conservadores, típicamente en detrimento de los más vulnerables”(27).

La marcha irrefrenable al neoliberalismo, con su fetiche por el déficit fiscal y la necesidad de frenar el gasto público, también hizo que luego de su inicio pseudo-newdealer le diera pie a que las palancas fundamentales de su patrocinio, y la conformación de sus equipos de trabajo, encontrara línea directa con los DuPont, la oligarquía petroquímica de su estado natal (28). Atrás quedaban sus días ambientalistas de primera hora.

La llegada de Carter, el primer presidente neoliberal en toda regla (29), le facilitó ser un halcón fiscal formando parte del comité presupuestario del Senado, presionando más hacia el dogma (junto a sus colegas republicanos) la disciplina económica de la administración Carter, impulsando los programas de recortes en lo asistencial y a las agencias federales. De proteger la idea de un seguro sanitario público en su primera campaña a oponerse a esa misma propuesta en la segunda (30).

Biden tampoco tuvo problema con la llegada de la contrarrevolución reaganiana iniciando los 80. Probablemente habría visto como una bendición que la nueva derecha insurgente aglutinada en el Comité de Acción Política Nacional Conservador (CNPAC, en inglés), que fundamentó su programa de acción electoral en campañas enfocadas en

27. Ibid, p.35

28. Ibid, p.25

29. Frank. Listen, Liberal, p.50

30. Marcetic. Op cit, pp. 41-42

destronar a congresistas y senadores liberales para despejar el camino **(31)**. “En algunas maneras, el éxito de Reagan en transformar a su oposición fue su legado más duradero, una transformación que Biden ayudaría a conducir”, señala Marcetic **(32)**.

Tal vez el signo más claro de su metamorfosis lo representaría el viraje en el contenido de lo que para Biden significaban los “grupos de intereses” en el poder. Lo que en su hora temprana significaba la influencia de las corporaciones y los poderes económicos,

**TAL VEZ EL SIGNO
MÁS CLARO DE SU
METAMORFOSIS LO
REPRESENTARÍA EL
VIRAJE EN EL CONTENIDO
DE LO QUE PARA BIDEN
SIGNIFICABAN LOS
“GRUPOS DE INTERESES”
EN EL PODER.**

ahora mutó su significado para denunciar a las personas que dependían de los programas sociales y de los resquicios que todavía quedaban del estado de bienestar, cada vez más desmantelado por la doxa neoliberal. La política de la crueldad seguía cobrando forma: primero contra los intereses de los más fuertes, ahora contra los de los más débiles **(33)**.

Una revisión de sus votos en el Senado en su prolongada carrera pueden más que su intento discursivo por ser el amigo de todos (menos de la izquierda), y dado los límites naturales una muestra cualitativa de las leyes emblemáticas de las que fue promotor o directamente sponsor (en el argot legislativo) dan medida del rol que Biden jugó en la moldura y naturaleza de ese Estado, en su paso de benefactor residual a lo que claramente pudiera entenderse como un Estado depredador **(34)**, puesto que a pesar de su empaque de hombre íntegro y defensor de la clase media, algunas de las legislaciones “hitos” que pudieran revisarse fueron dándole forma al actual sistema.

tes naturales una muestra cualitativa de las leyes emblemáticas de las que fue promotor o directamente sponsor (en el argot legislativo) dan medida del rol que Biden jugó en la moldura y naturaleza de ese Estado, en su paso de benefactor residual a lo que claramente pudiera entenderse como un Estado depredador **(34)**, puesto que a pesar de su empaque de hombre íntegro y defensor de la clase media, algunas de las legislaciones “hitos” que pudieran revisarse fueron dándole forma al actual sistema.

31. Entre ellos el propio McGovern y, descriptivamente, al senador Frank Church, líder del comité homónimo en el Senado que en 1975 se encargó de investigar los programas de acción clandestina, infiltración y vigilancia de las agencias de inteligencia federales, junto al aún más radical y exhaustivo Comité Pike del Congreso, que llegó mucho más lejos exponiendo los ya existentes programas de vigilancia masiva de la NSA (Snowden no fue el primero). El estado de seguridad nacional, que les había jurado destruir la carrera (cumpliéndolo), ahora sintonizó sin problemas con el empuje de la nueva derecha republicana.

32. Ibid, p.45

33. Ibid, p.54

34. Se toma el concepto que empleó la académica J. Patrice McSherry para referirse a los estados latinoamericanos moldeados por la variable más extrema de la Doctrina de Seguridad Nacional, con la Operación Cóndor como su horma oficial. En síntesis, McSherry define a los estados “depredadores” a aquellos que “en vez de servir a sus ciudadanos, como en el modelo occidental moderno, el Gobierno se vuelve una fuerza depredadora que infunde miedo, confusión y desorientación entre sus ciudadanos. Predatory States. Operation Condor and Covert War in Latin America. Rowman & Littlefields Publishers Inc. 2005, p.43.

Por ejemplo, a pesar de inicialmente y por principios oponerse al plan (de recortes) presupuestario de Reagan, en 1981, Biden, luego de su propia campaña populista en ese mismo ciclo electoral, fue el único de los treinta senadores demócratas que votó a favor de dicha propuesta en uno de los planes de recortes más severos del que haya registro. “Los recortes -señala Marcetic- arrojaron al caos a un número incontable de vidas, con 270 mil funcionarios públicos perdiendo su empleo, más de 400 mil familias ahora en los pagos de beneficencia, y más de 1 millón de trabajadores ahora excluidos de la extensión de los beneficios para desempleados, por nombrar unos pocos”, destacando que dicho recorte fue a la vez la reversión del New Deal y de la política de la Gran Sociedad de Johnson **(35)**. Avanzando por la misma línea, a pesar de considerarlos “desiguales e inflacionarios”, Biden también fue uno de los que votó a favor del recorte de los impuestos por altos ingresos más radical de la historia de Estados Unidos, un “regalo desbalanceado a los más ricos que condujo casi de forma instantánea a inflar los déficits y ampliar la desigualdad económica. Con el paso del tiempo, los súper-ricos aprovecharían sus ganancias económicas transformándolas en poder político al explotar un sistema político cada vez más corrupto, y emplearon ese poder para revertir mucho de lo que se había construido bajo la dirección de presidentes del New Deal, creando una creciente clase de estadounidenses desilusionados y hartos” **(36)**.

En 1984, en el mismo frente presupuestario del que hacía comisión, fue incluso más allá del propio Reagan intentando casi triplicar la propia propuesta del presidente de recortar 239 mil millones del déficit en un lapso de tres años, 100 mil millones más que la propuesta original, eliminando aumentos pautados en Seguridad Social y lo que le correspondía a beneficiarios del Medicare, pero perdió **(37)**, no sin otorgarle medida de lo notable de intentar ser más halcón del déficit que la administración Reagan. No sin ironía, en el debate vicepresidencial de las elecciones de 2012, esto fue precisamente lo que Biden alertaba sobre las ideas del compañero de fórmula de Mitt Romney, el adolescente pasmado Paul Ryan, congresista por Wisconsin, como una de las reivindicaciones que Ryan canalizaba del Tea Party **(38)**. Cabría recordar que es precisamente en ese año de demoliciones, 1984, en el que Biden en lógica “se los dije” alertaba sobre la amenaza que significaba ese grupo de “intereses especiales” compuesto por pensionistas, desempleados, personas sin acceso a la salud privada o ahogadas por impuestos toda

35. Marcetic. Op cit, p.46

36. Ibid, p.47

37. Ibid, p. 48

38. Ibid, p.48

vez que más arriba de la cadena alimenticia celebraban las exenciones. Intentar ser más Reagan que Reagan.

A pesar del intento publicitario de la campaña de hacer del ahora presidente electo un amigo de los derechos civiles, las minorías y en particular de la población afro, la historia es implacable y desmantela esos constructos.



Foto:
Gettyimages

-
BIDEN ES
UN HIJO DE
SU ÉPOCA, Y
NO ES ESTA.
-

Biden es un hijo de su época, y no es esta. Pero, como es evidente, un tiempo moldeó al siguiente. Y el suyo atestiguó el paso del intento de desmantelamiento del sistema segregacionista y la estructura legal (y filosófica) de Jim Crow para adoptar nuevos significados que hoy en día signan dramáticamente a la actualidad. El continuum de la cuestión de la esclavitud, de la Guerra de Secesión a la Reconstrucción al sistema Jim Crow a los derechos civiles desembocó en el avatar del código penal y un sistema de administración de justicia absolutamente racializado. Las condiciones sociales que extremó el covid-19, lo hemos repetido miles de veces en varias intervenciones y entrevistas, con el abandono de la población como declaración de principios indirecta (afectando de forma abrumadora a la población afro y latina), reubica esta falla geológica en su propia razón sistémica: no es gratuito que las naciones más esclavistas del hemisferio, Brasil y Estados Unidos, sean los epicentros de la pandemia **(39)**.

El cuadro que en este 2020 cerró con la explosión por la violencia policial del verano tiene un punto de origen rastreable y una evolución verificable. Y, desde el sistema, a varios responsables políticos, entre ellos, una vez más, a Joe Biden.

39. El trabajo del historiador Gerald Horne, **El sur más profundo: Estados Unidos, Brasil y el comercio de esclavos africanos (2007)**, para esta reflexión, es una lectura obligada.

Las ansiedades e inseguridades culturales (Kazin) que trajeron consigo las reformas de los 60 mutó en todo menos el nombre en las obsesiones del público audiencia de los políticos, la clase media, con la paranoia e histeria de la criminalidad y el consumo de drogas en los 80 y 90. No obstante, sus resultados, décadas después, hacen que todo retorne a ese mismo pecado original de los Estados Unidos. Ese nicho político explotado por republicanos cripto-racistas tuvo sus mejores aliados en los demócratas, toda vez que aunado a la ahora criminalización de la población afro también tuvo un apéndice notorio, sobre todo en materia de producción (y consumo) de drogas en América Latina. La guerra contra el crimen y la guerra contra las drogas, naturalmente, irían de la mano.

Desde su incorporación al comité judicial del senado, Biden hizo bandera activista de esta causa y en 1981 se alió con el racista y retardatario senador republicano Strom Thurmond para presionar por varios intentos de eliminar la libertad condicional, introducir la prisión preventiva, negación de fianzas a personas involucradas con el uso de armamento o la venta de drogas, limitar la reducción de condenas por buen comportamiento mientras alentaba al gobierno a embargar la totalidad de bienes de personas involucradas en estos delitos. La resistencia y oposición encontrada hasta 1981 logró ser asumida en 1984 con la introducción de la Ley del Control Integral del Crimen (CCCA, por sus siglas en inglés) **(40)**. La lógica draconiana de esta ley condujo a ser declarada inconstitucional por la corte suprema de 2005, no sin mantener todavía en prisión a reos víctimas de las reformas de habeas corpus o el reglamento que determinaba las mínimas y máximas penalizaciones. Algo que además tendría consecuencias en el inalterado y sostenido aumento de supresión electoral, en contravención de una de las leyes emblema (la de los derechos electorales de 1965) de la lucha por los derechos civiles.

Otra contribución decisiva, y letal, de 1986 fue la Ley Anti-Abuso de Drogas, abriendo aún más las compuertas de ingreso a nueva población carcelaria. 35 años después, “la población carcelaria federal se ha inflado un 734 por ciento, con la mitad de esos presos cumpliendo sentencias por delitos relacionados con drogas”, apunta Marcetic **(41)**. La Ley para el Control Policial y Crímenes Violentos de 1994 (con su expansión, en 1996 enfocada en la criminalidad violenta juvenil), promovida por Biden en la era Clinton fue la fase superior, confirmando con distancia notable de los demás países a Estados Unidos como el país con la población carcelaria más grande del mundo **(42)**.

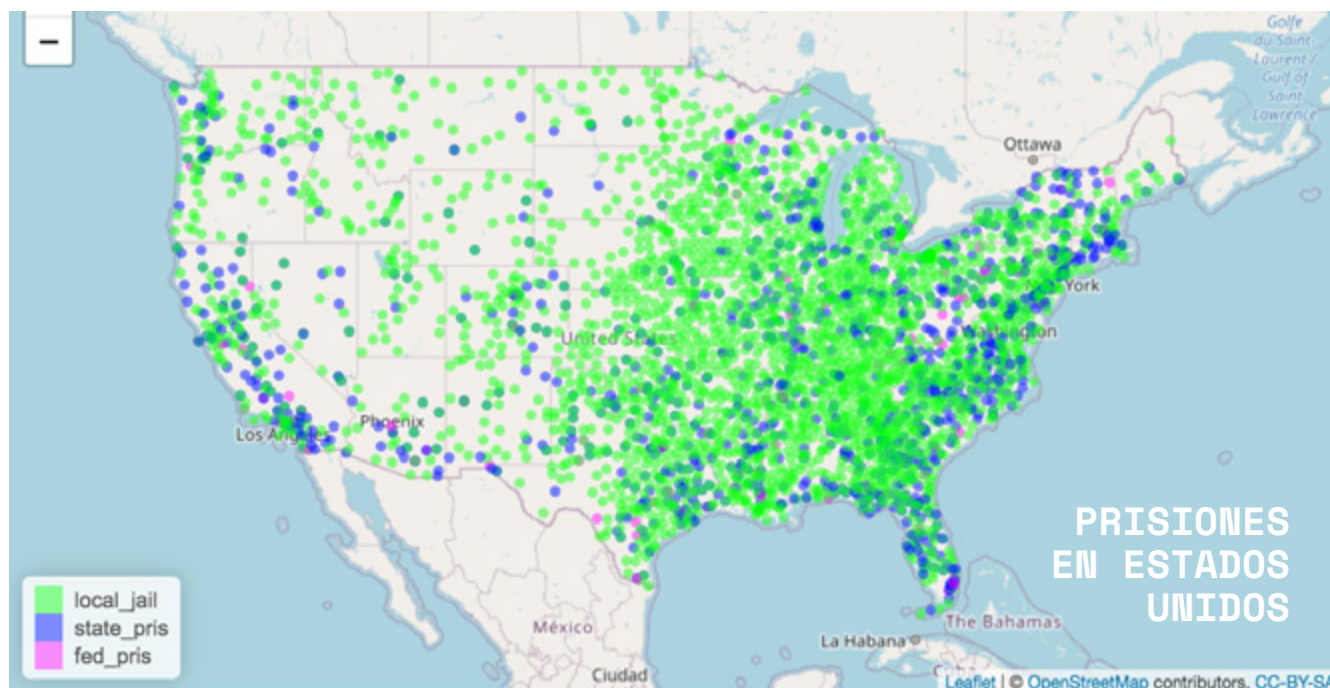
40. Ibid, p.70

41. Ibid, p.74

42. Ibid, pp. 111-113

El neoliberal correlato de esta arquitectura penal y legislativa estimuló la creación del complejo industrial de las cárceles privadas. Una descomunal red de cárceles a nivel nacional que debería sustituir al cliché del gulag como el símbolo más acabado de lo que significaría un sistema de encarcelamiento legalizado a capricho, donde además la población penal en la gran mayoría de casos realiza trabajo gratuito, “la única forma de esclavitud todavía permitida por la treceava enmienda [de la Constitución]” **(43)**.

Desde la mirada de la onda larga de la historia nos topamos entonces con la versión 2.0 de la economía de plantación. En el año de Black Lives Matters, ironía es poco que la fórmula presidencial que llega a la Casa Blanca la encarnen el principal arquitecto-activista de este sistema, junto a la campeona en cifras de encarcelamiento del estado de California, primero como fiscal de San Francisco y luego como la Fiscal General del estado, no importa que los medios hagan su mejor esfuerzo de disfrazar de ornitorrinco identitario woke a la también ex senadora Kamala Harris, en gran medida como producto de exportación perceptiva. De hecho, la elección de compañera de fórmula a Harris representó un alza en la bolsa en los índices que marcan a la industria carcelaria: el meganegocio de los “servicios privados” penitenciarios que controlan todo el proceso. Algo que haría delirar a Michel Foucault al ver la extensión de ese archipiélago carcelario bajo control corporativo:



43. Ibid, p. 65

Biden también ofrece dos grandes obras que nos dan medida de cómo América Latina también ha sido víctima de la marcha irrefrenable de Estados Unidos hacia el consenso del extremo centro. El Plan Colombia y la Ley de Reforma y Responsabilidad de Inmigrantes de 1996. “Seis años después de que Bill Clinton le diera inicio al Plan Colombia, independientemente de cómo, incluso el zar de la droga John Walters se vio forzado a silenciosamente a admitir en una carta al Senado que en los Estados Unidos el precio de la cocaína había bajado, el flujo de droga hacia los Estados Unidos había aumentado, y la pureza, incrementado”, reseña Max Blumenthal en un trabajo publicado en The Grayzone en agosto de 2019. Difícilmente puede verse al Plan Colombia como un fracaso, una vez que el beneficio

FUE ESTA MÁQUINA DE DEPORTACIÓN LA QUE CAYÓ EN LAS MANOS DE OBAMA AL CONVERTIRSE EN PRESIDENTE, Y LAS EMPLEÓ -PARA MAYOR DECEPCIÓN E INDIGNACIÓN DE SUS SIMPATIZANTES LATINOS- PARA DEPORTAR NÚMEROS SIN PRECEDENTES DE INMIGRANTES, SEPARAR FAMILIAS Y DETENER INCLUSO A NIÑOS.

**BRANKO
MARCETIC**

de la retrospectiva nos ofrece una situación de control de nuestro país vecino y el mercado de la droga al mismo tiempo. Por el contrario, en la mirada entrelíneas, el Plan Colombia ha sido un éxito rotundo para los Estados Unidos en la preservación de una cabeza de playa y del suministro estable del consumo de la droga junto a sus salvajes dividendos en la lavadora de la economía global.

Por otro lado, las brutales acciones contra la población migrante latina (principalmente mexicana y centroamericana) con sus detenciones obligatorias indefinidas, deportaciones aceleradas, restricción de ayuda a los migrantes, las separaciones familiares y el encarcelamiento de niños también tiene punto de origen,

como se dijo más arriba, en la era Clinton, de la mano de Biden. “Fue esta máquina de deportación la que cayó en las manos de Obama al convertirse en presidente, y las empleó -para mayor decepción e indignación de sus simpatizantes latinos- para deportar números sin precedentes de inmigrantes, separar familias y detener incluso a niños en jaulas junto a otras condiciones deplorables. Biden estaría en la línea de combate, jactándose en 2014 de ‘aumentar los procedimientos de ejecución y remoción’ de migrantes cuando un número mayor de niños y otros huían de la violencia en Centroamérica buscando refugio en los Estados Unidos”(44).

44. Ibid, p. 160

Y estos dos hitos anti-latinos no podrían entenderse sin la promoción de otro proyecto económico, junto a su pieza legislativa: el Tratado de Libre Comercio de Norteamérica (o NAFTA, por sus siglas en inglés). Aquí, también, Biden tuvo un papel destacado desde 1991 (tiempos de Bush padre) en la aceleración aprobatoria (fast-track) para su puesta en práctica. La perversión de este acuerdo comercial es más que evidente: deslocalización laboral, desempleo y viraje a la derecha de la clase obrera traicionada por los demócratas; desmantelamiento de la fábrica social mexicana, su producción agrícola y nacional, propalando el narcotráfico y la creación de los campos de exterminio neoliberal que también se extendieron a Centroamérica, con sus respectivas reformas y reestructuraciones continuas, donde una vez más mister Biden tiene señorío, habilitando la propia crisis migratoria que lleva a la población centroamericana al perverso ciclo de expulsión de su tierra para su retorno como deportado, directo a la muerte, a las Maras (que también nacieron en Estados Unidos) o al suicidio.

Finalmente, conviene recordar que George W. Bush tuvo en el presidente del Comité para Relaciones Exteriores del Senado un aliado prácticamente incondicional para la invasión a Irak y sentar las bases para el intento de orden internacional post 11 de septiembre de 2001, con su respectiva teología de la seguridad (empleando la definición feliz de Manuel Vázquez Montalbán) y la política de la fuerza y crueldad para el intento de preservación del orden unipolar de los años anteriores. “Voté por ir a Irak, y votaría de nuevo”, dijo sin empacho Biden **(45)**.

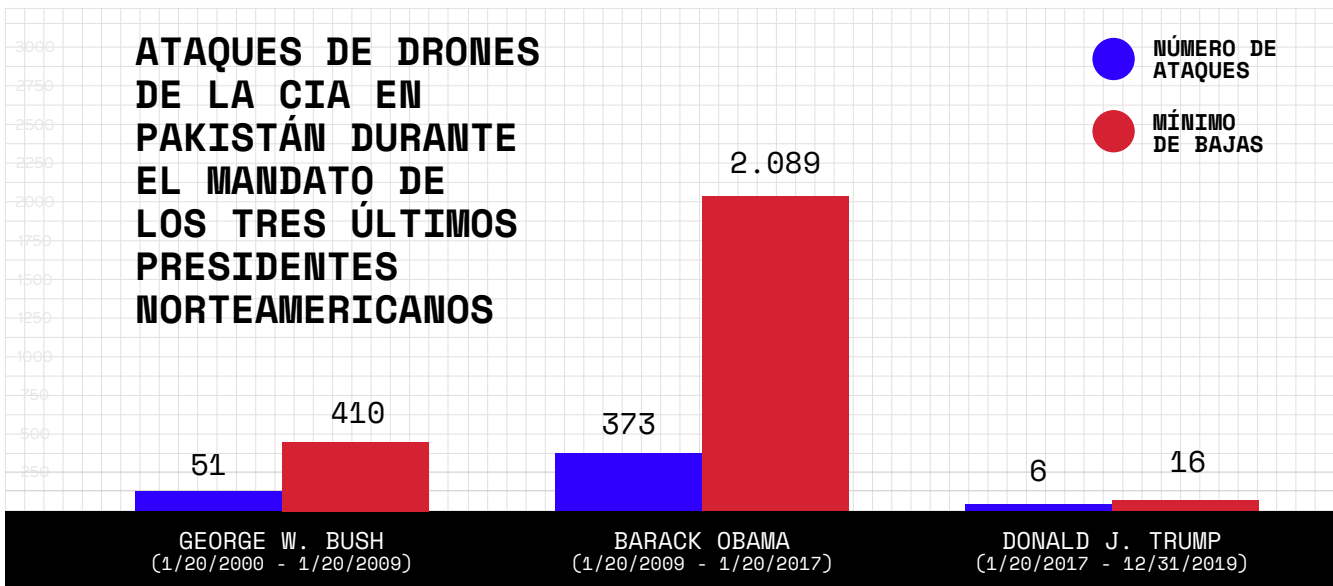
Las aventuras geopolíticas de los neoconservadores de la mano de Dick Cheney y su visión imperial hiper-presidencialista sustentada en la Autorización del Uso de la Fuerza Militar de 2001 (resolución del congreso que al día de hoy conserva vigencia). Misma que también sirvió en la era Obama para librar siete situaciones de guerra al mismo tiempo (Irak, Afganistán, Yemen, Siria, Libia, Somalia y Pakistán) junto al programa de asesinatos selectivos por drone. Las grandes operaciones geopolíticas de su segundo mandato, donde también se deben incorporar por vías nomilitares (sanciones o guerra híbrida general) o de vía proxy a Rusia, Ucrania, China, Venezuela, Corea del Norte, Brasil, Argentina y Colombia no solo dan medida de la descomunal disonancia cognitiva que representa el premio Nóbel de la paz 2009, al presidente más cool de la historia, sino de la continuidad política del consenso y el sentido común bipartidista de los Estados Unidos.

Curiosamente, muchas versiones sostienen que dentro del gabinete Obama fue Biden el que se opuso a la intervención de la OTAN en Libia, el apoyo a grupos armados

45. Ibid, p.132

yihadistas/wahabitas en Siria y a la escalada de tropas en Afganistán **(46)**. Fue Tony Blinken, el designado Secretario de Estado para su flamante administración, para el momento parte del gabinete de la vicepresidencia quien presionó y convenció a su jefe a darle luz verde al derrocamiento y brutal asesinato de Gadafi en Libia. Jake Sullivan, su Asesor de Seguridad Nacional, dejó claramente escrito en un correo a Hillary Clinton que Al Qaeda estaba del lado de Estados Unidos en Siria, y Victoria Nuland, recientemente designada Subsecretaria de Estado, fue la operadora fundamental del golpe Maidan ejecutado por neonazis ucranianos que desembocó en la guerra en la región del Donbas, en el sureste ucraniano, entre la población rusa y los batallones neonazis junto al ejército ucraniano. Fue también la administración Obama la que dio luz verde político y apoyo logístico y militar a Arabia Saudita en la brutalísima guerra contra Yemen, el país más pobre del suroccidente asiático y el mundo árabe, de largo la mayor catástrofe humanitaria del momento en el mundo.

Conviene recordar el retorno de estos funcionarios como agentes del status quo ante para estar más que seguro que forzará un retorno al orden a la política de reingeniería sociopolítica del consenso, frente al destructivo y rocambolesco desorden de la política exterior de la administración Trump para conjurar cualquier esperanza estúpida, que incluso al día de hoy permea las ideas y reflexiones en sectores de la opinión progresista global.



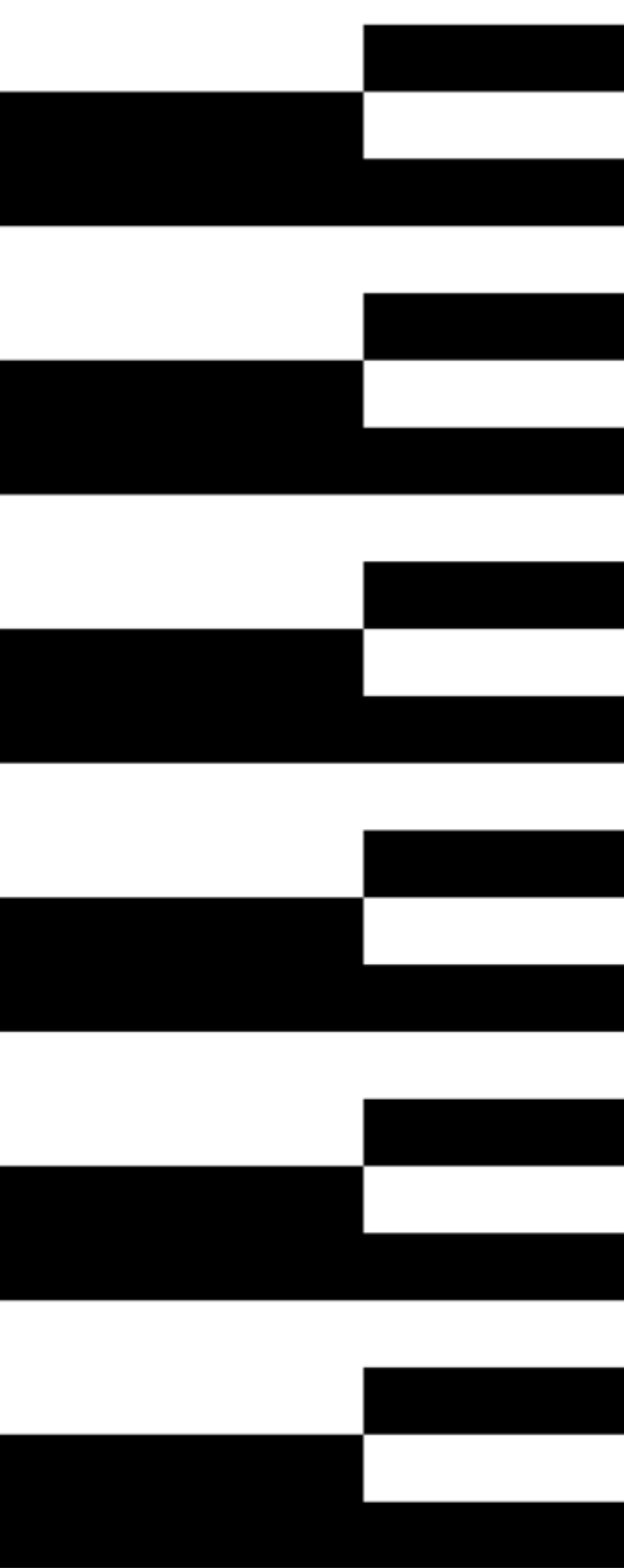
Avril Haines, la nominada por el presidente Biden para asumir el cargo de Directora Nacional de Inteligencia, fue también la asesora legal del programa de asesinatos empleando drones de la administración Obama.

46. Ibid, p. 158

Lo mismo para quienes desde ese campo político, junto a los demás, han querido ver en Donald Trump la versión más acabada de “fascismo” que pudiera existir en estos días con la irresponsable (y autocomplaciente) simplificación de reducir a los cuatro años de estupidizante amenaza naranja como un relámpago en cielo abierto en el curso degenerativo del último imperio realmente existente. Comulgar de forma automática como se ha comulgado con esa idea, solo contribuye a la operación de blanqueo de políticos, militares, actores del poder financiero que hoy en día son verdaderos criminales de guerra bajo todas las perspectivas posibles. Y sí, esto incluye a la continuación lógica de excrecencias humanas de la talla de Mike Pompeo, John Bolton y Marco Rubio, pero entendiéndolas como la continuación lógica de unas condiciones sólidamente instaladas y acendradas en la mecánica política de los Estados Unidos.

No hay duda del talante de Donald Trump ni de sus (estúpidas) credenciales estrambóticamente reaccionarias e imperialistas, pero visto así, Trump siendo tal vez el presidente menos aventajado o efectivo en la búsqueda de cumplir su difuso “proyecto político”, mediocre cognomento que significó lo que quisiera que significara para oportunistas delictivos como Mike Pence, James Mattis o William Barr. Trump no es más que un jugador destacado en la cancha, mas no por eso aventajado, estadio y normas de juego que tienen en Joe Biden a un artífice notable.

Bastaría contrastar los cuatro años del Donald con los cuarenta del presidente electo, para percatarse de quién es el fascista sistémico.



INFORME MENSUAL

ENERO 2021

CAPÍTULO

NÚMERO

-

-

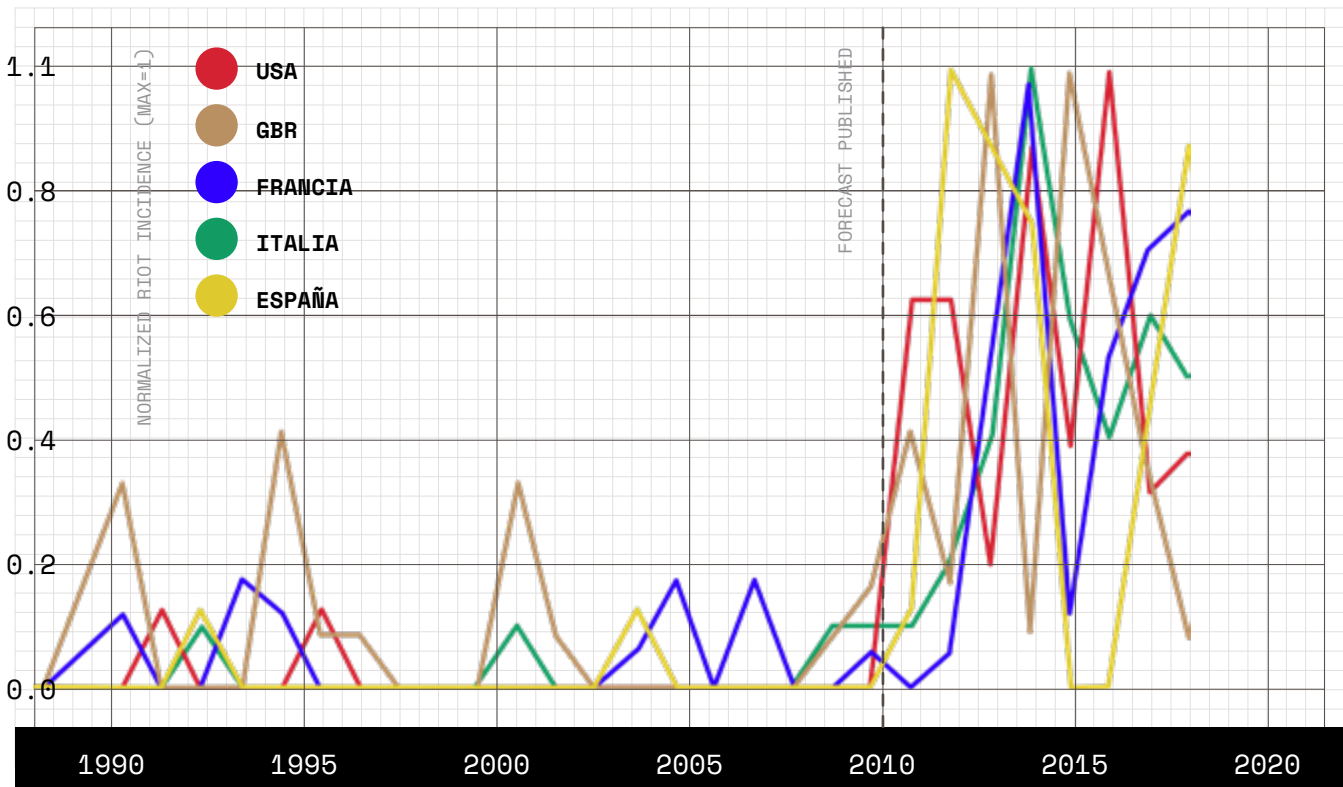
3

**NOTAS PARA UNA
TEORÍA DE LA
DESESPERACIÓN**



NOTAS PARA UNA TEORÍA DE LA DESESPERACIÓN

• La idea de conferirle un “marco teórico” a la desesperación estadounidense la sugirió Javad Zarif, el canciller iraní, en su intervención en la conferencia “Venezuela e Irán en la defensa de un mundo por hacer”, del Instituto Samuel Robinson para el Pensamiento Original, en Caracas. “El terrorismo [estadounidense] es una medida desesperada de quienes están perdiendo el poder... la campaña de máxima presión no es una señal de fortaleza, sino de la desesperación que los invade”, dijo en esa oportunidad. Ampliando: “Estados Unidos quería, también, detener el paso de la historia. Hablaron del fin de la historia, del choque de civilizaciones, porque sabían que la historia no les favorecía”. Tomemos, pues, su propuesta como punto de partida.



GRÁFICA COMPARATIVA DE TURCHIN Y KOROTAYEV SOBRE LA INCIDENCIA DE DISTURBIOS, BASADA EN VARIOS INDICADORES DE INESTABILIDAD SOCIAL ENTRE VARIOS PAÍSES OCCIDENTALES.

• **Turchin.** En 2010 la revista científica Nature reunió a varios académicos e intelectuales para que escribieran sobre el futuro al comenzar la década. Peter Turchin, profesor de historia de la Universidad de Connecticut, lo hizo prediciendo que para 2020 Estados Unidos (y parte del mundo atlántico) ingresarían en un período de inestabilidad intensa. Controversial para su momento, Turchin justificaba su predicción a partir de la creación de su propio método de análisis histórico, usando métricas e indicadores basados en modelos matemáticos empleados cuantitativamente en otros períodos de la historia en distintos lugares del mundo. La interacción de “olas predecibles y recurrentes de inestabilidad” a



Manifestante en las protestas antirracistas del verano pasado.
Foto: (Scott Olson / Getty Images)

lo largo de la historia (rastreándolos a 1870, 1920 y 1970) combinados con procesos de plazos menores. Tres fueron los motivos estructurales fundamentales, definidas como dinámicas macrosociales, que lo llevaron a dicha predicción: 1) el aumento de niveles de consumo por parte de las élites impactando la base productiva, haciendo que “los niveles mínimos de recursos necesarios para mantener el estatus de la élite exponen un crecimiento desenfrenado” y mayor brecha de desigualdad con los comunes, 2) el aumento del número de integrantes de la élite que incrementa la competencia interna entre sus filas de cara a acceder a una lista limitada de puestos para ese grupo (no ha aumentado, por ejemplo, la cifra de puestos disponibles en el congreso y el senado) facilitando la emergencia de contraélites y, fundamentalmente, agudizando la “competencia intraélite” y 3) producto de la conjunción de ambos “procesos gemelos” el deterioro de las condiciones de vida del resto de la población, que se traduce en mayores dificultades en el gasto social, irresponsabilidad fiscal y descontento masivo con capacidad de movilización de los excluidos.

• “Primero se desarrolla la pauperización popular; luego, tras un desfase temporal, la sobreproducción de élites; y finalmente, estos dos factores trabajan juntos en el socavamiento de la salud fiscal del estado”. Conforme incrementan estos factores de tensión estructural disminuye el espíritu de cooperación, se activa la polarización ideológica y

comienza a fragmentarse la clase política. Este mismo modelo, por ejemplo, le sirvió a Turchin para explicar lo que llamó la epidemia de asesinatos masivos indiscriminados como “un reflejo superficial” de tendencias a largo plazo, que a su vez emparentan con esos otros momentos de alto voltaje histórico en la propia historia del país, tendencias que, de no revertirse o anticiparse mínimamente, pueden conducir a escenarios aún más volátiles como el colapso del estado, una revolución o la guerra civil.

- A pesar de, naturalmente, ser duramente criticado por el señalamiento de estas tendencias predictivas, Turchin no se encuentra solo ante ese escenario de colapso. Johan Galtung, el sociólogo y matemático noruego creador de los llamados “estudios de paz y conflictos”, también apuntaba a similares señales de alerta a partir de un número diverso de “contradicciones sincronizadas y reforzadas” en los que la incapacidad del liderazgo en mitigar esas tendencias conduciría al crecimiento del fascismo con su “capacidad tremenda de generar violencia a nivel global”, la noción excepcionalista como la nación más apta traduciéndose en un conflicto maniqueo del bien contra el mal junto a la posibilidad de desarrollo de un culto a un líder fuerte. Pero, naturalmente, esto no sería suficiente. Galtung también habló de contradicciones en lo económico, en las que la “sobreproducción en relación a la demanda” generaría desempleo y conflictos climáticos, del choque entre distintos paraguas militares (Estados Unidos, la OTAN, etc.) o la brecha dramática entre “el sueño americano” y la realidad pura y dura del pueblo, que no accederá más a esa misma ensoñación de progreso, entre otras variables. Es curioso y expresivo que el noruego, entrevistado en 2016 por Nafeez Ahmed, indicaba que una señal que apuntaría al colapso del imperio como estructura central que busca que las periferias le hagan el trabajo, incluyendo librar las guerras, radicaba en la posible (cuatro años después, truncada) decisión de Trump de buscar vías de solución a las controversias, por ejemplo con Rusia, acentuarían la ruta al colapso. Resulta sumamente expresiva esta observación a la luz del enorme esfuerzo que la “resistencia” contra Trump puso para evitar ese escenario de entente, toda vez que para la parte derrotada en esa elección (Hillary et. al.) la derrota electoral se le atribuyó a Rusia estimulando el falso “escándalo” del Russiagate (más sobre esto en breve).

- A lo dicho por Turchin y Galtung pudiera incorporarse lo que el académico y ex agente de la KGB Igor Panarin, tal vez con un margen de error temporal más pronunciado (su predicción del colapso era para 2010) alertaba, con señas similares, el rumbo de la desintegración general de los Estados Unidos a nivel político y territorial. El historiador Alfred McCoy, menos alejado en los cálculos, plantea cuatro escenarios posibles. Pero esto no ha sido, por supuesto, tarea exclusiva de futurólogos o historiadores audaces. A pesar de que las “soluciones” consistan en básicamente lo que no han dejado de hacer (reforzadas las más de 800 bases militares en todo el planeta intactas y el resto de los atributos de la guerra perpetua), las modificaciones del ecosistema de posguerra condujeron a que el Instituto de

LAS CINCO ETAPAS DEL COLAPSO SEGÚN DMITRY ORLOV:

1- COLAPSO FINANCIERO.
LA CREENCIA EN 'LOS NEGOCIOS COMO SIEMPRE' SE PIERDE.

2- COLAPSO COMERCIAL.
LA CREENCIA EN QUE 'EL MERCADO PROVEERÁ' SE PIERDE.

3- COLAPSO POLÍTICO.
LA CREENCIA EN QUE 'EL GOBIERNO CUIDARÁ DE TI' SE PIERDE.

4- COLAPSO SOCIAL.
LA CREENCIA EN QUE 'TU GENTE TE CUIDARÁ' SE PIERDE.

5- COLAPSO CULTURAL.
LA CREENCIA EN 'LA BONDAD DE LA HUMANIDAD' SE PIERDE".

Estudios Estratégicos del Colegio de Guerra del Pentágono publicara un análisis de riesgo sobre el rol del ejército en un mundo "post-primacía" estadounidense titulado "A nuestro propio riesgo".

- Incorporaremos también lo que para Dmitry Orlov (rusoestadounidense, como Turchin) son las cinco etapas del colapso (h/t a The Saker): "1) Colapso financiero. La creencia en 'los negocios como siempre' se pierde. 2) Colapso comercial. La creencia en que 'el mercado proveerá' se pierde. 3) Colapso político. La creencia en que 'el gobierno cuidará de ti' se pierde. 4) Colapso social. La creencia en que 'tu gente te cuidará' se pierde. 5) Colapso cultural. La creencia en 'la bondad de la humanidad' se pierde". Ahora apliquemos ese filtro al 2020 y saquemos conclusiones, en el mejor de los casos preliminares. Las cinco etapas del colapso.

- **Russiagate.** El comienzo del profundo ciclo de desestabilización dentro de Estados Unidos

no puede rastrearse al asesinato de George Floyd en Minesota. Debemos remontarnos a cuatro años atrás con la elección de Donald Trump. Y en este punto no es sobre el ahora presidente saliente que debe enfocarse, sino, a partir de su llegada, en la reacción del establishment que le siguió, luego de ser derrotada Hillary Clinton.

- El argumento de que dicha victoria, absolutamente inesperada (incluso por el propio Trump) que provocó un desbarajuste en las aparentes coordenadas de normalidad por arriba, haya sido producto de la injerencia rusa en la que Trump es un actor político bajo extorsión de los servicios de inteligencia del Kremlin, en llave con las revelaciones de Wikileaks sobre la corrupción y la mecánica interna reflejada en los correos de John Podesta (el jefe de campaña de Hillary) donde se retrataba la corrupción y tráfico de influencia de la Convención Nacional Demócrata (el órgano central del partido) junto con actores políticos de la derecha nacional, que pasó a ser el artículo de fe de los sectores liberales y de izquierda, la facción anti-Trump del partido republicano y la cúpula económica orbitante al Silicon Valley pasó a ser el artículo de fe de las razones de una derrota en teoría incomprensible. La candidata

con la mejor asesoría posible, con el reconocimiento de todas estas capas sociopolíticas y las credenciales políticas solo podía ser derrotada por una “megaoperación” y no por sus fallas y caídas internas, su cultura meritocrática o la creencia de que solo esa clase política profesional es la única con competencia para llevar las riendas del país, no fue más que un mecanismo de defensa discursivo.

- Pero ese reflejo autodefensivo, cuya negación ya se patentaba en la creación del clima mediante medios y encuestas de que la única salida coherente a la contienda era una victoria de la candidata “más apta”, fue también un acto de omisión que quería negar el mar de fondo social que no había dejado de efervecer en los años Obama. De inmediato, y por tres años consecutivos, toda la mecánica institucional se abocó a demostrar el crimen. Las palancas del “estado estable” (a.k.a. el estado profundo) comenzó a minar el proceso de transición o bien tumbando a posibles miembros del gabinete (como Michael Flynn a Consejero de Seguridad Nacional) o a encarrilar por las malas la dirección del nuevo gabinete. El Departamento de Justicia creó una comisión especial que investigaría el fraude. Y mientras Putin y Trump pasaban a ser los chivos expiatorios de todo lo malo que venía ocurriendo, y a pesar de que en el camino se forzaron todas las barras haciendo evidente las pulsiones totalitarias de un lado y de otro (por ejemplo, procesar a implicados en la “colusión rusa” en la campaña de Trump mediante cortes anónimas solo de conocimiento del comité de inteligencia del congreso, los tribunales FISA), nada fue conclusivo ni nada confirmó o expuso el fraude. Lo que condujo a una poco admitida crisis constitucional sin precedentes, al aumento de la tribalización política de la sociedad y al cruce de agendas dentro de la propia administración Trump.

- A pesar de que era posible demostrar asuntos de corrupción o tráfico de influencia en un gabinete cuyo núcleo era absolutamente nepotista, estas causas más que confirmables nunca fueron objeto de investigación. Naturalmente, un proceso que arrojara luces sobre eso también lo haría sobre los propios modus operandi de la clase política que insurgía contra Trump y que se autoproclamaba como “la resistencia” (compuesta por la clase mediática, los servicios de inteligencia, los políticos de carrera bipartidistas y gran parte del sector



Congresista Zoe Lofgren ejerce su derecho de palabra en el Congreso en las deliberaciones por destituir de la presidencia a Donald Trump en febrero de 2020.
Foto: (Fotograma / C-Span)

académico-intelectual). No obstante, en política exterior, más allá de una que otra reserva en materia de formas, la pulsión imperial permanecía inalterada (Venezuela, Siria, Rusia; los beneficios extremos que Israel no dejó de extraer). Como se anota en la primera parte, más allá del desgaste de todas las estructuras (que todavía estamos atestiguando) los intentos de cambio de régimen interno no tuvieron éxito, provocando daños que ahora pueden comenzar a calcularse.

- El politólogo ultraconservador Angelo Codevilla, del Instituto Claremont, para 2017 ya hablaba de una “guerra civil fría”. “El aparato del gobierno, continúa Codevilla, se identifica con los intereses, proclividades y gustos de la clase dirigente y casi unánimemente con el Partido Demócrata. Al emplear el poder del gobierno para presionar por aquellos intereses, proclividades y gustos sobre los gobernados, actúa como un estado partidista. El objetivo político de este partido de Estado es deslegitimar no tanto a los políticos que luchan por los gobernados cada cierto tiempo, sino a los mismos gobernados. Desde los tiempos de Woodrow Wilson hace casi un siglo y medio atrás, en Princeton, las universidades han enseñado que los norteamericanos comunes están siendo justamente gobernados por expertos porque ellos son incapaces de gobernarse ellos mismos. Millones de graduados se han identificado como la personificación de esta experticia y se creen a sí mismos los autorizados para eso. Su definición práctica de discriminación, intolerancia, racismo, sexismo, etcétera, no es ni más ni menos que la renuencia de seguir los designios de quienes realmente saben. Es personal”.

EL APARATO DEL GOBIERNO SE IDENTIFICA CON LOS INTERESES, PROCLIVIDADES Y GUSTOS DE LA CLASE DIRIGENTE Y CASI UNÁNIMEMENTE CON EL PARTIDO DEMÓCRATA.

ANGELO CODEVILLA

- “El mayor problema es que una complacencia crónica ha estado por años pudriendo al liberalismo estadounidense, una hibris que le dice a los Demócratas que no tienen que hacer nada diferente, que no tienen en realidad que cumplirle nada a nadie, excepto a sus amigos en el jet Google y a aquella gente maravillosa en Goldman. El resto de nosotros somos tratados como si no tuviéramos a donde más ir y ningún papel que desempeñar excepto votar entusiastamente sobre la base de que estos Demócratas son ‘lo último que queda en pie’ entre nosotros y el fin del mundo. Es un liberalismo de los ricos, [que] ha fallado a la clase media y ahora también lo hizo en sus propios términos de elegibilidad”, agrega desde el otro campo Thomas Frank **(47)**.

47. Frank, Thomas. **Rendezvous with Oblivion: Reports from a Sinking Society**. Metropolitan Books. 2018, p.139

- Ahora bien, lo que por el lado del consenso de la élite se traduce en un esquema de valores liberales (demostrable su estado de crisis de diversos puntos de vista) debe vincularse también a lo que por varias décadas se fue creando en la otra acera, ahí donde los abandonados de la clase obrera (en especial la blanca del interior del país) le declaran su propia guerra al establishment.

- La situación de confrontación extrema, producto de los desmantelamientos de todo orden glosados hasta ahora, que ocasionan lo que también pudiera verse como otro momento populista en los Estados Unidos, tiene en los abandonados, también, un constructo ideológico que mientras se asume anti-élite tiene más de cuarenta años adoptando los tópicos que la contrarrevolución reaganiana ha venido imprimiéndole mediante los poderes económicos que fueron capaces de construir un sistema ideológico signado por las “guerras culturales” que mientras convertían en enemigo, no sin razones, al establishment de predominante signo liberal (lo que incluye a los neoconservadores), han venido asumiendo como su sistema de señales ideológicas justamente los tópicos de una agenda reaccionaria que ve en el estado de bienestar, los impuestos y ciertos derechos conquistados (la interrupción del embarazo, por ejemplo) como su principal enemigo, y no, precisamente, a los centros de emisión de ese discurso, tan lejos de Dios y tan cerca de las corporaciones petroleras.

- La derrota electoral de Trump, sin lugar a dudas, acentuará a la vez la sensación de orfandad de liderazgo y la voluntad beligerante. El Russiagate no solo ha sido admitido por varios integrantes de esa correa de transmisión del poder establecido, sino que los dividendos que le produjo, por ejemplo a CNN, también.

- **Black Lives MacMatters**, la tribalización de la sociedad y el verano letal. Este año ha sido público, notorio y reconocido por todos (fuera de la cúpula) el agudo fermento de conflictos que hicieron de 2020 un año de movilizaciones y enfrentamientos, en la calle y los pasillos del poder. Es igual de evidente y confirmado el dramático estado de desigualdad económica, política y racial. Las movilizaciones que el último verano estremecieron al país han hecho de la crisis norteamericana algo transparente y muy difícil de negar. La pande-

LA DERROTA ELECTORAL DE TRUMP, SIN LUGAR A DUDAS, ACENTUARÁ A LA VEZ LA SENSACIÓN DE ORFANDAD DE LIDERAZGO Y LA VOLUNTAD BELIGERANTE.

mia elevó dramáticamente el grado de tensión. Pero tal vez menos revisado o, en su defecto, torcido hasta llegar a los extremos de la teoría de la conspiración es cómo, cabalgando la verdadera desesperación y descontento que asola a Estados Unidos, los poderes corporativos en sintonía con el catecismo liberal y ahora woke le han venido dando un estímulo económico descomunal a organizaciones protagónicas de renombre. Las políticas de identidad también son un nicho del mercado, tal como lo resalta el Foro Económico Mundial, y del mismo modo en que puede emplearse en tácticas comerciales se emplea para acciones que son territorio exclusivo de la ingeniería política, y de quienes son capaces de usarlo a su favor. Porque si bien el primer impulso en mayo, en el que la profunda indignación genuina por el imparable y sistemático ejercicio de exceso policial contra la población afro despertó una chispa, el alcance de las protestas a nivel nacional, su tiempo de duración y cómo los manifestantes presuntamente radicales no pasaron ciertos límites del discurso como la responsabilidad del bipartidismo en sí; o aún más descriptivo: la relación directa entre la política imperial de intervención en todo el mundo obedecen a una razón. La revuelta de base fue cooptada por una revuelta de la élite (como predijo el escritor Christopher Lasch), tratando de administrar el descontento. Piénsese en el esquema de las Primaveraes Árabes de inicios de la década pasada.

- Y es que en todas partes está la impronta del flujo de dinero que desde las corporaciones ha llegado a los sectores de mayor alcance de los paraguas Black Lives Matter y Antifa. “Cuando vemos quién apoya a Black Lives Matter —y Antifa— encontramos a, entre otros, Adidas, Amazon, Airbnb, American Express, Bank of America, BMW, Burger King, Citigroup, Coca Cola, DHL, Disney, eBay, General Motors, Goldman Sachs, Google, IBM, Mastercard, McDonald’s, Microsoft, Netflix, Nike, Pfizer, Procter & Gamble, Sony, Starbucks, Twitter, Verizon, WalMart, Warner Brothers and YouTube”, enumeraba, al calor de esos días, Pepe Escobar. Las mismas empresas que también financian a los departamentos de policía.
- Las ramas “filantrópicas” del sistema corporativo han estado canalizando dinero para capacitación, entrenamiento y manejo comunicacional desde hace ya un tiempo. Al menos hasta 2018 solamente la Fundación Ford había “donado” 40 millones de dólares al paraguas Black Lives Matter. Igualmente, este mismo año, la Fundación MacArthur anunciaba en junio un desembolso de 125 millones “invirtiendo en gente, organizaciones y comunidades” sin especificar a quién o cuáles comunidades, para establecer al menos dos muestras anunciadas por ellos mismos. Wall Street, el Big Pharma, el Silicon Valley (el asiento en California de todas las empresas de telecomunicaciones 2.0 como Facebook y Google) más que sospechosamente haciendo causa común con los oprimidos, o al menos una versión aséptica, manejable y sobre todo narrable. Capitalismo woke llamaba a esa articulación Ross Douthat en el New York Times en 2018.

• Estas costuras tecnológicas, pudiera decirse, encontraron su reflejo más franco en el punto en que mejor pudo entenderse, que sobre la energía genuina de la desesperación y el reclamo se imponía algo más, como si en ese punto se entrecruzaran todos los impulsos para terminar favoreciendo al mejor dotado para continuar (al menos hasta estadios avanzados), cuando en la ciudad de Seattle, a mediados de junio, los activistas y manifestantes tomaron el capitolio de la ciudad y declararon al perímetro como “zona autónoma”. Lo que no pasó de los medios alternativos era que uno de los núcleos principales de esas acciones estaba conformado por militantes del “comunitarismo libertario”, la misma ideología que impregna el discurso político de las milicias kurdas en el noreste sirio, que ostentan una marcada influencia del teórico Murray Bookchin, promotor del municipalismo radical que nunca ocultó sus manifiestos credenciales sionistas, ahora encontrándose con los postulados “no violentos” de manual de Gene Sharp.



Unidad militar realiza registro en apartamento en Mosul, Irak, 2006.
Foto: ((Peter Van Agtmael / Agencia Magnum)

• Y es que en el centro de ese núcleo varios de los militantes del Frente de Liberación de la Juventud (Youth Liberation Front) con anterioridad habían estado haciendo “labor solidaria” (y armada) en el enclave al noreste sirio controlado por las Fuerzas de Defensa Sirias (SDF), bajo dirección kurda, que bajo el branding Rojava (la artificiosa “nación kurda”) por años ha conmovido a progres que poco disimulan su pulsión in-

tervencionista en un grupo que a pesar de haber tenido éxito en librar una campaña de relaciones públicas en Occidente no han dejado de ser otra fuerza proxy de los Estados Unidos en Siria en la era Obama. La experiencia del CHAZ, como se le llamó a la efímera zona autónoma (algo imposible de haber alcanzado sin complicidad de instancias de poder político local) llegó a su fin cuando producto de conflictos internos dos personas murieron en medio del conflicto entre los grupos políticos y los criminales, que aprovechando el caos “hicieron vida” en la toma, volviendo la zona a manos del gobierno. Atrás había quedado la demanda de justicia por George Floyd sin que por eso la rabia operara sobre un vacío: quedaba claro, por izquierda y por derecha, que todos estos mecanismos de acción en otra parte del mundo se resume a lo universalmente entendido como una revolución de colores.

- El carácter que cada vez hizo más sintética a la revuelta, secuestrando lo orgánico y real del ciclo de protestas del verano, además de no conducir a los reclamos de justicia racial, trajo consigo un notable saldo negativo reflejado en pérdidas materiales no exentas de ironías, puesto que la mayoría de los daños recayeron principalmente en los pequeños negocios, propiedad de minorías y migrantes por lo general (igual de odiados por la propia comunidad por su propia hostilidad y por su carácter explotador) además del oscurecimiento del clima general. Por debajo de la mesa pasaron, por ejemplo, los repuntes récord de asesinatos en ciudades como Chicago por esos mismos días, trayendo el alerta sobre cómo pudiera ser un error separar picos de violencia criminal con los de violencia política, síntomas ambos del peligro de una guerra civil en proceso. Stephen Karganovich, el intelectual serbo-canadiense escribió en esos días, a propósito del CHAZ, como un dejá vu los primeros tiempos de la guerra en Yugoslavia.

- “Tan solo la escala y coordinación [de las protestas, que alcanzaron a casi 400 ciudades por más de dos semanas] sugiere que elementos dentro del Estado probablemente estén involucrados. Sabemos por la evidencia descubierta en la investigación del Russiagate, que los medios trabajan de la mano con las agencias de inteligencia y el FBI mientras —al mismo tiempo— sirven como portavoces de la élite. Esto no ha cambiado, de hecho, ha empeorado. La uniformidad de la cobertura [de los medios] que la misma estrategia de administración de percepción está siendo también empleada aquí”, escribía, por su parte, Mike Whitney, escritor y uno de los fundadores del portal de izquierda Counterpunch, alguien difícilmente asociable a la derecha conspiranoide.

- Personalmente conozco a una persona que participó, en una de las ciudades principales del país, en estas acciones de calle, que pudiera confirmar el volumen de inversión que al nivel de la base, donde actuó, se movía. Esto, por otro lado, no parece contradecirse con la conducta que en muchos casos tuvieron las fuerzas de seguridad como de tropas de ocupación. De hecho, desde la perspectiva de la represión, no sólo participaron la Guardia Nacional y la policía. También lo hizo



Foto aérea del proceso de despeje de la Zona Autónoma del Capitolio de Seattle (CHAZ)
Foto: (Megan Farmer / KUOW Photo)

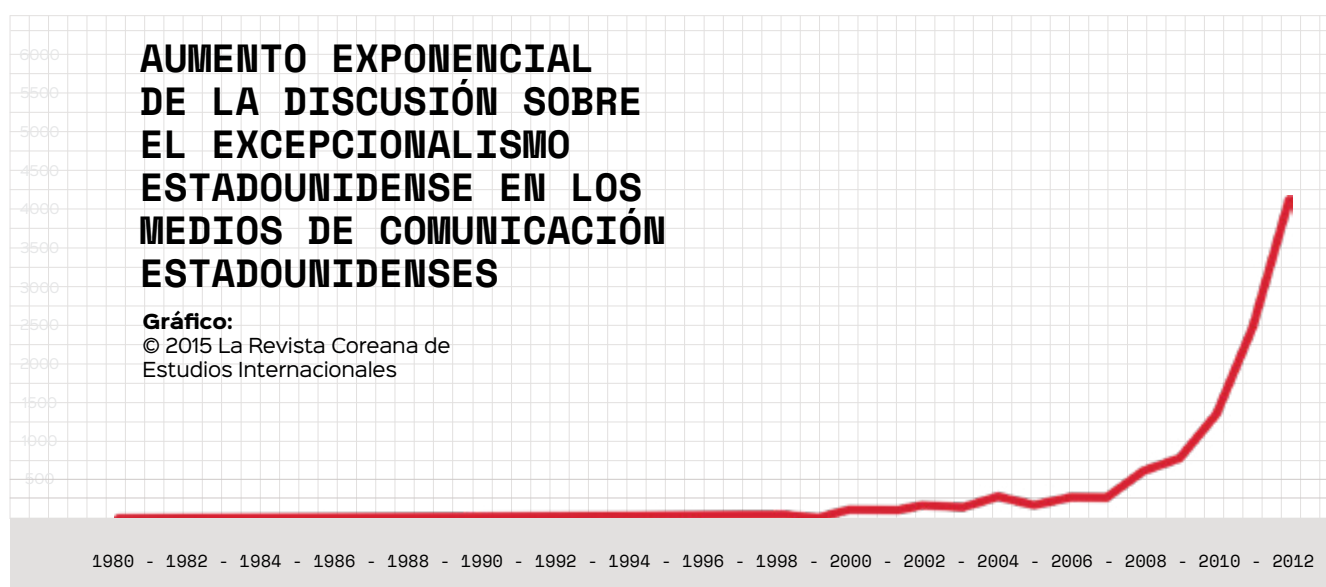
la guardia fronteriza, convocados por el, para ese momento, Fiscal General William Barr, el más oscuro de los actores del Estado profundo que pasó por la administración Trump. Como si habiéndose agotado el rasgo distintivo del imperio estadounidense, la expansión fronteriza, se hubiera agotado el territorio ultramarino y todo se volcara dentro de sus fronteras, actuando en las metrópolis desde donde siempre se han emitido las órdenes expedicionarias de acuerdo a las necesidades del capital y la acumulación.

- ¿De qué otra manera pudiera leerse, por ejemplo, el choque entre activistas libertarios con experiencia en un teatro de operaciones militar del país junto a las tácticas y métodos que han exportado en el mundo y que ahora padecen la población? Y, desde lo económico, con distintos planes de estímulo enfocados esencialmente en las grandes corporaciones dejando migajas a desempleados, pequeños negocios o inquilinos a punto de ser expulsados en plena pandemia, ¿no está el sistema estadounidense en su conjunto sancionando a su población del mismo modo que lo hace con el país donde yo vivo? ¿Cuánto resolvieron los meses de violencia los conflictos seculares de esa sociedad y cuánto se teledirigió todo a atacar a Trump sobre los rieles clásicos de las agendas de cambio de régimen? donde hasta el propio peligro que entraña la pandemia por ese mismo período de tiempo quedó prácticamente silenciado, a pesar de que las protestas se dieron, especialmente, en estados que aprobaron el equivalente federal de las cuarentenas radicales, y donde el impacto por infecciones ha sido notable. ¿No es esta la misma estrategia de la tensión en la que el conflicto general avanza puntos de una agenda subrepticia y poco verbalizada?

- **Blowback.** A poco más de un mes del asesinato extrajudicial de Qassem Soleimani y Abu Mahdi al Mohandis en Irak a principios de año, Mike Pompeo daba un discurso en la Conferencia de Seguridad de Munich con el título “Occidente está ganando”⁽⁴⁸⁾. Pompeo trataba de aplacar las opiniones adversas de otros dignatarios y especialistas de seguridad de otros países occidentales a propósito del rechazo de Estados Unidos por la comunidad internacional, que en este foro no podía traducirse de otra forma que la OTAN y la alianza atlántica en general, cuyo título para su edición 2020 pudiera traducirse como “falta de occidentalidad” o “des-occidentalización” (Westlessness). Pompeo aseguraba a su audiencia que nunca como ahora “Occidente” no hacía más que ganar, “Occidente está ganando colectivamente. Lo estamos haciendo juntos” reiteró varias veces, mientras sacaba al ruedo la prosa más orwelliana de 2020, en un año desenfrenadamente rico en dobles discursos y afirmaciones demenciales por parte de políticos estadounidenses.

48. Como para confirmar aún más el orgullo que le produjo su discurso, a pocos días de cesar definitivamente en funciones en su última (y más perjudicial) “ofensiva de carisma”, Pompeo incluye este discurso en su batería de cierre de tuits que se amontonan a su barbárico “informe de gestión 2.0”. El secretario de estado saliente apunta y aspira a la presidencia 2024.

- Para 2015, el boletín arbitrado del Instituto Coreano de Estudios Internacionales analizaba el poderoso repunte (ver gráfica más abajo) del discurso excepcionalista en medios e 48 intervenciones de políticos a la hora de referirse a su país. La repetición constante de elementos de ese campo semántico como “la nación indispensable”, la “relumbrante ciudad en la colina”, etc., más que una reafirmación de seguridad pareciera la visita al cerebro de una persona mentalmente inestable. Pompeo lleva ese síntoma a dimensiones nunca registradas.



- “La libertad y la democracia están ganando. Y al decir eso, no me refiero solamente a naciones geográficas. Occidente no se define por un espacio o un pedazo de bienes raíces. Es cualquier nación, cualquier nación que adopte el modelo de respeto por la libertad individual, libertad de empresa, soberanía nacional. Forma parte de la idea de Occidente... Honramos el derecho de cada nación a llevar sus asuntos como decidan, siempre y cuando no intenten interferir con nuestra soberanía o hacerle daño a nuestros amigos... Nosotros no interferimos en las elecciones de otras naciones... Miren, yo sé que tener coraje trae un precio, el plantarse en defensa de nuestra soberanía. Lo entiendo. Pero nunca se trató de que esto fuera gratis. Nombren un momento de la historia en el hayan prevalecido los débiles y los sumisos...”, decía, mientras daba una lista de los lugares en donde mejor se veían los logros y triunfos de Occidente: Irán, Rusia, China, Venezuela, Cuba, Nicaragua (estos tres caracterizados como los únicos “reductos de tiranía” en el hemisferio).

- Pocas semanas después de esputar este documento de barbarie, el mundo, su economía, su fluidez, los triunfos occidentales de Pompeo cayeron bajo el manto de la pandemia del covid-19. El mundo ha podido ver en vivo y en directo la razón invertida de esa pieza discursiva para la historia. ¿Pensará Pompeo en estas cosas ahora que pertenece al bando de los derrotados?

-

DEL ARGOT DE LA CIA PROVIENE LA PALABRA “BLOWBACK” QUE PUDIERA TRADUCIRSE COMO CONTRAGOLPE, TIRO POR LA CULATA, EFECTO BOOMERANG, ALUDIENDO A LAS CONSECUENCIAS INESPERADAS DE LAS ACCIONES QUE ESTADOS UNIDOS REALIZA EN EL EXTERIOR.

-

- Del argot de la CIA proviene la palabra “blowback” que pudiera traducirse como contragolpe, tiro por la culata, efecto boomerang, aludiendo a las consecuencias inesperadas de las acciones que Estados Unidos realiza en el exterior. Ahora popularizado y parte habitual del análisis crítico internacional, el principal expositor en darle forma a sus significados internos fue el politólogo Chalmers Johnson con un libro publicado en el 2000 bajo el mismo título, lanzando la señal de alerta de los peligros del curso que continuaba llevando su país.
- “La política mundial del siglo XXI con toda seguridad será conducido principalmente por el ‘blowback’ de la segunda mitad del siglo XX, esto es, de las consecuencias involuntarias de la Guerra Fría y la decisión estadounidense de mantener una postura de Guerra Fría en un mundo Post-Guerra Fría. Sus gobiernos hicieron lo que creían que tenían que hacer durante esos años... A Estados Unidos le gusta concebirse como el ganador de la Guerra Fría. Con toda probabilidad, aquellos que un siglo más adelante mire hacia atrás, ninguno de los dos lados parecerá haber ganado, en particular si Estados Unidos mantiene su actual curso imperial”.

49. Johnson, Chalmers. **Blowback. The Cost and Consequences of American Empire.** Henry Holt & Company. 2000, p.225

- Poco después de publicarse el libro, las Torres Gemelas fueron impactadas por una trama organizada por los beneficiarios de los programas de la CIA en Pakistán y Afganistán en el marco de las guerras periféricas contra la Unión Soviética, haciendo migrar el paradigma de la Guerra Fría a la Guerra Global contra el Terrorismo, un paradigma que a su vez quedó agotado cuando el país retorna al paradigma anterior con la lucha entre potencias, en una reedición con consecuencias más peligrosas para el propio Estados Unidos y con una dirección política aún más incompetente. Pero este movimiento entraña otra guerra más que se ha explicitado sobre todo en este 2020: una guerra global contra sí mismo, y en especial contra su población no-amada e “incapaz de comprarse su propia individualidad” con varios primeros asomos de sus propias consecuencias involuntarias, más allá de que los actores del establecimiento político hayan sido capaces, a un costo elevadísimo, de reconquistar lo que concebían como perdido por cuatro años por un personaje que quisieran ver más como un pequeño cortocircuito en el sistema que su consecuencia lógica.
- Colapso, mayor estado de revuelta, secesión territorial, guerra civil o una deriva totalitaria sin precedentes son algunas de las instancias extremas que vienen a la imaginación política cuando se trata de especular sobre el cuadrante de lo desconocido en el devenir inmediato del destino de los Estados Unidos. Es difícil apartarse de un razonamiento apocalíptico en la vida de esa nación y del resto del planeta sin que necesariamente la oscuridad e impotencia generalizada del presente asegure automáticamente que ese es el camino, cuando todavía quedan resquicios e ingenio humano, sobre todo en las zonas del planeta que han sido víctimas directas de los vaivenes de las dos alas del consenso imperial. Lo que sí es seguro es que se trata de un camino no exento de sorpresas y sobresaltos. Mucha gente pudiera aceptar que el inicio de este orden comenzó con el lanzamiento de las bombas de Hiroshima y Nagasaki en agosto de 1945. La pregunta entonces sería cómo aceptaremos el final de lo que inició con el estallido nuclear. Como si el inicio cegador tuviera un final por asfixia, a lo mejor, como dijo Achile Mbembe, “el sobrepasar esta constricción significaría que concebimos la respiración más allá de su puro aspecto biológico, y en lugar de aquello que sostenemos en común, aquello que, por definición, elude todo cálculo. Por lo que quiero decir, el derecho universal a la respiración”. Ojalá así sea.

ANEXO:

CAPITOLIO, 6 DE ENERO – 17 DE ENERO DE 2021, WASHINGTON D.C., VÍSPERAS DE LA INAUGURACIÓN

La toma del Capitolio el 6 de enero por simpatizantes pro-Trump y un disfuncional manojito de activistas de formaciones militantes más a la derecha, sorprendieron a la opinión mundial con un extraño asalto de unas cuantas horas con un limitado número de incidentes genuinamente lamentables. El impacto específico de la turba carnavalesca, a pesar de representar de alguna manera el espíritu y sentimiento del lado del país que sintió que las elecciones fueron robadas expresadas en un bloop de acción directa, se ha encontrado con una reacción que no ha dejado de escalar, a tal punto que de una respuesta (legal y política) más o menos proporcional a los responsables de la ocupación le ha dado pie a una escalada, en el discurso y la acción, sorprendentemente desproporcionada y que supera incluso el marco de ese momento.

No se puede hablar en términos de la tercera ley de Newton cuando en respuesta a una acción le sucede una oleada cada vez más expansiva y abarcante que la anterior sin que exista una reacción del otro lado. A pesar de que continúa saliendo archivo audiovisual que pone en duda la noción de “golpe de estado”, “sedición” y “terrorismo” **(50)** la escalada posterior al 6 no se detiene. Al (último) cierre de este informe, 17 de enero, la capital estadounidense se encuentra pesadamente militarizada y del castigo a los culpables ya se ha pasado directamente a justificar la necesidad de esta militarización debido a las amenazas de un “enemigo interno” que incluso, según AP, se encuentra infiltrado en la Guardia Nacional desplegada a lo largo de la ciudad, completamente obstruida por el dispositivo de seguridad.

50. Aquí se puede ver al estúpidamente vistoso actor de Arizona Indian Jake, el activista Qanon que copó las cámaras con su disfraz de bisonte y sus tatuajes neofacha, entrando al hemiciclo del senado sin ningún tipo de oposición, acompañado de un funcionario policial que gentilmente le pide a él y otros dos tomistas que si podían, con gentileza, retirarse de esas instalaciones, ofreciéndole incluso atención médica a otro activista que fue herido en la refriega inicial. La marca de agua del video es del *New Yorker*.



Camiones de la Guardia Nacional de Virginia descargando apresto con el Capitolio de fondo, días antes de la inauguración.

Foto: (The National Guard / Flickr)

■ RECUENTO MÍNIMO ANTES DE LA TOMA

En diciembre se fueron acumulando senadores y congresistas dispuestos a disputar el resultado electoral en el conteo final que se da en la sesión bicameral, presidida por el vicepresidente. Congresistas republicanos como Josh Hawley y Matt Gaetz fueron los primeros en anunciar su desafío al resultado. El senador Ted Cruz se incorporó siendo el político republicano de mayor perfil en atender al llamado, al menos en redes. Paralelo a esa sesión constitucional y último paso hacia la inauguración del nuevo período presidencial, Team Trump convocaba a sus fieles a concentrarse en Washington D.C., la capital del país, en apoyo al acto de desafío bajo la consigna *Stop the Steal* (detengan el robo).

Previo a la tragicómica toma del Capitolio, sede del poder legislativo, la concentración había transcurrido relativamente sin novedad. Durante todo el mes de diciembre, junto a la denuncia sostenida de que le había sido robada la elección, Trump también fue elevando el tono. Dos días antes, en víspera de las elecciones para dos puestos en el Senado, en Georgia (elecciones que ganaron los demócratas y que les otorga estrecha mayoría en la Cámara Alta), el presidente saliente declaraba en su torpe e irresponsable altisonancia habitual que iban a dar la pelea el 6 (*fight like hell*), acumulando *momentum* discursivo.

La concentración del 6, formalmente organizada por la organización Mujeres por Estados Unidos Primero (*Women for America First*), con asistencia numerosa, transcurrió sin mucha novedad conflictiva, antes del asedio. No obstante, la retórica insurreccional de los días anteriores, repetida también por figuras cercanas a Trump, como su abogado Rudy Giuliani, contribuía al acumulado.

“Dos días antes de la aglomeración, Muriel Bowser, la alcaldesa de Washington, que abiertamente ha expuesto su desdén a Trump, solicitó una presencia limitada de la Guardia Nacional junto a la policía. Le pidió a los residentes que evitaran transitar por el área alrededor del Capitolio habiendo dicho con anterioridad que el ejército de Trump estaría ‘buscando pelea’. Robert Contee, el jefe en funciones de la policía de la ciudad dijo: ‘Hay personas con la intención de venir armadas a nuestra ciudad’. No hubo seguridad adicional visible y poca evidencia de bloqueos para detener al ejército de Trump de avanzar hacia el Capitolio; las calles no fueron bloqueadas, ni se vieron cañones sonoros o de agua que suelen verse, listas para cualquier cosa, en otras protestas. En su rueda de prensa, Muriel Bowser dijo: ‘no permitiremos que gente incite a la violencia, intimide a nuestros residentes o provoque destrucción en nuestra ciudad’. Con una insuficiente presencia policial, no habían otras señales sobre cómo la ciudad ‘impediría’ esta violencia”, reseñó Vijay Prashad.

Durante el discurso, el presidente derrotado en el ciclo electoral convocó a manifestarse frente al Capitolio para apoyar a los parlamentarios que iban a impugnar el resultado y alentando a los manifestantes a que su voz “sea escuchada”, con particular énfasis en los republicanos débiles (un guiño agresivo al vicepresidente Pence). También es cierto que convocó a hacerlo de forma “pacífica”, más allá de cuánto ese detalle hubiera calado en los ánimos en general. No había terminado su discurso cuando sus simpatizantes ya comenzaban a rodear el edificio gubernamental. Luego vino el extraño intento de contrarrevolución de colores (en oposición al signo ideológico de las acciones y metodología de las protestas de mediados del año anterior) que por un período de dos horas tomó el recinto.

El copioso registro audiovisual que luego inundó las redes, a pesar del conteo de cinco fallecidos por razones indirecta (con la excepción de Ashley Babbit, la mujer pro Trump que recibió un disparo en el cuello y del que también hubo registro público y notorio del funcionario de seguridad que activa el arma), luego de ese par de horas en la que del acceso a las instalaciones la turba, y los medios, se dedicaron a fotografiarse sin que fuera mucho más allá, faltan las imágenes que pudieran hablar de un asalto armado, con columnas de humo, tiroteos y un conteo de víctimas fatal es mayor.

NO HUBO SEGURIDAD ADICIONAL VISIBLE Y Poca EVIDENCIA DE BLOQUEOS PARA DETENER AL EJÉRCITO DE TRUMP DE AVANZAR HACIA EL CAPITOLIO; LAS CALLES NO FUERON BLOQUEADAS, NI SE VIERON CAÑONES SONOROS O DE AGUA QUE SUELEN VERSE, LISTAS PARA CUALQUIER COSA, EN OTRAS PROTESTAS.

Esto no impidió que el presidente electo Biden, el 7 de enero desde Wilmington en su estado natal de Delaware dijera que no los llamaran manifestantes. “No se atrevan llamarlos manifestantes. Eran una turbamulta desenfrenada. Eran unos insurgentes. Terroristas domésticos. Es así de básico. Es así de simple”. Biden elevaba oficialmente el tono que ya tenía una alta cota de histeria en medios, redes y portavoces del gobierno. Junto a la muletilla “esto no es Estados Unidos, esto no es lo que somos”, opinadores y reporteros comparaban el (torpe) asalto al Capitolio con Ucrania, con América Latina, con Asia Central, con todos ejemplos de casos que originalmente fueron celebrados, operados y estimulados por Estados Unidos. Comenzó a establecerse la narrativa del enemigo interno y la amenaza local de terrorismo. Su Al Qaeda endógeno.

Pero semejantes afirmaciones no le hacían justicia a la ultraviolencia de los escenarios que citaban, de Bagdad a Hong Kong. El relato rebasaba al propio marco de realidad.

LO DIFUSO Y LA REACCIÓN

Es visible y verificable la responsabilidad directa de Trump como líder político, y de sus colaboradores cercanos, en la extraña acción pseudo-insurreccional del 6 de enero. Y es probable que lo que ocurrió ese día haya también superado los cálculos.

Su proverbial, limitada y cortoplacista visión del mundo y de sí mismo pudieran concederle el no haber sido capaz de imaginar el alcance de las acciones que convocaba. Fue un signo habitual de su gestión el ser siempre sobre-maniobrado y superado por otros actores políticos con sus propios intereses u obediencia a la agenda de otros grupos. Mucho menos la magnitud de la reacción en su contra a partir de ese día.

Muchos elementos en torno a lo ocurrido antes de la debacle generan suspicacia, comenzando por el débil dispositivo de seguridad para ese día comentado más arriba, junto al



Chamán Qanon en close up
Foto: (Win McNamee/Getty Images)

profuso registro de agentes de la policía del Capitolio ya no siendo abrumados por la turba, sino alentando a los manifestantes a ingresar. En favor de la versión del golpe planificado por Team Trump señalan el papel de Christopher Miller, el jefe del Pentágono en su abúlica respuesta. Denuncian, por ejemplo, la lentitud con la que la Guardia Nacional fue desplegada luego de que la alcaldesa de Washington, y los gobernadores de los estados vecinos de Virginia y Maryland, solicitaran dicho apoyo, al igual que el liderazgo en el Congreso. Contribuye a esa interpretación la supuesta complicidad del Secretario de Defensa el alerta publicado en Washington Post llamando a una transición pacífica y alertando sobre los peligros de acciones violentas por parte de diez ex jefes del Pentágono. ¿Artículo preventivo?

Contrario a la retórica incendiaria, ahora del otro bando, ese día Trump llamó a retirarse a sus seguidores, a que lo hicieran en paz sin ceder ante lo que siguió llamando como un fraude y unas elecciones presidenciales robadas.

Las consecuencias de ese día, de un solo golpe 1) desactivaron cualquier intento de disputar los resultados de las elecciones -el conteo de votos y la ratificación definitiva de la victoria de Biden se dio esa misma noche-, 2) activó un proceso de defecciones de figuras de alto nivel del partido republicano, incluyendo el distanciamiento no tan discreto de, por ejemplo, Mike Pompeo (actuando desde ese momento como desastroso agente libre), 3) estableció las bases para que el Congreso llamara al impeachment y a la aplicación de la enmienda 25 (incapacidad para gobernar por motivos de salud), 4) restableció el consenso general del Washington oficial con llamados republicanos (incluyendo a John Bolton) a purgar al partido del trumpismo, 5) habilitó una escalada masiva y descomunal de censura en redes sociales, comenzando con la salida del aire de Trump de todas las plataformas y 6) con la ocupación militar de la ciudad y los recintos gubernamentales con más de 25000 efectivos del ejército y la Guardia Nacional que sigue en aumento.

La toma del Capitolio también facilitó la criminalización de los movimientos “trumpistas” a nivel nacional, más allá de que los castigos a varios de los tomistas difícilmente se pueden comparar con las penas que por otro lado han recibido activistas afro, a pesar de considerar los eventos como una insurrección y un intento de golpe de Estado, según se ha promovido por medios, opinadores y políticos.

Sin embargo, en el país de la negación plausible (“no podemos negar ni confirmar es información”, en argot de la CIA) hace que la uniformidad del contragolpe pueda verse solamente como eso: como una sola respuesta única, sin fisuras y consolidando la matriz del golpe incluso en una franja de opinión de una izquierda que hasta hacía nada se asumía “antisistema” y hoy, junto a lo más rancio del establishment, aspiran un castigo ejemplar bajo leyes de sedición, convalidando el impulso abiertamente totalitario.

Algunos observadores plantean que los eventos de ese día fueron conducidos. Señalan el papel de la policía y existe registro incluso de agentes, no solo dejando atravesar el dispositivo, sino dando direcciones a los alzados en las instalaciones. La presencia de agents provocateurs que le dieron moldura y subieron el tono de lo que de otra manera, dirían algunos, hubiera sido una acción pacífica sin trasgredir los límites no puede tampoco perderse de vista. Tal vez en este punto esos matices sean irrelevantes.

Lo cierto es que una “vanguardia” de la población, que representa a los 70 millones de personas que votaron por Trump, que creen que su victoria fue robada mediante fraude, ahora son sediciosos y operadores de acciones insurreccionales, terroristas (palabra con peligrosas acepciones legales). Algo que no resolverá, sino que agudizará la polarización interna quién sabe ya a qué escala o dimensión, oscura y peligrosa sin necesidad de estar exagerando. Cier-

CIERTAMENTE, NO SE
TRATÓ ÚNICAMENTE
DE “DEPLORABLES” Y
ABANDONADOS DE LA
CLASE OBRERA BLANCA.
HABÍA CLAROS ELEMENTOS
FASCISTAS Y PERSONAS DE
BUENA POSICIÓN ECONÓMICA
DENTRO DE LA TURBA.

tamente, no se trató únicamente de “deplorables” y abandonados de la clase obrera blanca. Había claros elementos fascistas y personas de buena posición económica dentro de la turba.

Fun fact: *The Guardian* publicó una nota de una oficial del ejército, asignada al Grupo 4 de Operaciones Psicológicas de Fort Bragg en Carolina del Norte (centro militar especializado en operaciones negras y

encubiertas, entre otras, de las fuerzas especiales) que está siendo investigada por el ejército. La capitana Emily Rainey niega haber participado en la toma, alegando que se había retirado con su grupo MAGA antes de la acción, y que actuó de acuerdo al marco que le permiten la ley y sus superiores. Ese mismo grupo de operaciones psicológicas, al menos desde 2012, lleva un portafolio sobre Venezuela. ¿Aclara u oscurece?

El mando militar se puso como un todo del lado de la nueva administración, condenando las acciones del 6 como pistoletazo de partida a la creación, incluso de una “zona verde” como el perímetro de control estadounidense en Bagdad.

El esfuerzo de un impeachment y la destitución del presidente basado en la Enmienda 25, alegando demencia o incapacidad mental para gobernar, no es un gesto caprichoso o simbólico, sino uno calculado: se trata de inhabilitar a Donald Trump para que no vuelva a la política electoral en 2024. Ahora bien, Trump tendría 78 años para ese momento. Suponiendo que estuviera vivo, ¿estaría en condiciones físicas o mentales de lanzarse otra campaña presidencial? Difícilmente. Tampoco pareciera que nadie de su dinastía con problemas de aprendizaje pareciera ser capaz de ocupar ese papel.

No por eso se deja de proponer un castigo ejemplarizante, que comienza a acumular masa crítica en el Congreso. En un gesto no libre de ironía, la congresista republicana Liz Cheney, la hija del tétrico ex vicepresidente Dick Cheney, ha sido la primera en dar un paso al frente en la habilitación del impeachment, a pesar de que el vicepresidente dice oponerse al procedimiento.

Otro *fun fact* vendría a representarlo el rol que el llamado “Squad”, el grupo de congresistas “de izquierda”, encabezados por Alexandria Ocasio Cortez e Ilhan Omar, ha adoptado el mismo tono orwelliano que el resto del partido. “El centro [político] autoritario, que va de los Republicanos oportunistas al Squad, puede hacer causa común alrededor de la purga de terroristas domésticos, silenciando sus comunicaciones y haciendo que sean debidamente despedidos de sus trabajos”, apunta Diana Johnstone.

Tampoco está exento de ironía que hayan sido incapaces de cuestionar la ley de presupuesto o de exigir un aumento en la cifra de ayuda económica del Gobierno, o ni siquiera, como se vio a lo largo de diciembre, de condicionar el nombramiento de Nancy Pelosi como jefa de la Cámara Baja, exigiéndole que lleve a debate el programa Medicare for All de acceso a la salud pública, en plena pandemia. Debate que ha cobrado una dimensión aún más bizantina exhibiendo con mayor transparencia la imposibilidad o desinterés de atender a su propia y desolada población.

Pero, también hay que decirlo, la posición del Squad también va en sintonía, no se puede dejar de insistir, con la opinión de gran parte de la izquierda que celebra la censura ma-



Guardia Nacional de Pensilvania con el Obelisco de la capital federal de fondo.

Foto: (The National Guard / Flickr)

siva en plataformas de redes sociales (que en Twitter y Facebook ya pasó de penalizar a Trump a expulsar de su reino a medios del tercer mundo o actores de izquierda).

Otra ironía más: el mismo 6 de enero la jueza que lleva el retorcido proceso contra Julian Assange, fundador de Wikileaks, a pesar de dos días antes haber negado la extradición a Estados Unidos se negara a darle fianza, confirmando las acusaciones bajo la Ley de Espionaje estadounidense. El caso más importante de libertad de expresión en el mundo se mantiene intacto.

Bandera falsa, operación interna, insurrección fallida o payasada política, no importa cómo se caracterice ya en este punto, queda claro que el liderazgo del Washington oficial, en términos de recursos de la Guerra Híbrida, supo emplear a la perfección el llamado “bucle OODA” (Observar, Orientar, Decidir, Actuar) para adaptar la situación a sus intereses. “El 6 de enero abre las compuertas a la Guerra contra el Terror Doméstico y a la Ley Patriótica del Infierno, 2.0, en esteroides (aquí está el borrador de 2019), la totalidad de las 20 mil páginas emergiendo casualmente del mar como Venus, el día después, lista para ponerla en marcha” destacó Pepe Escobar.

Imposible no perder de vista que Joe Biden fue tan instrumental como en las otras leyes totalitarias en ejercicio, en la introducción de la Ley Patriota original **(51)**, columna vertebral del mundo post 11 de septiembre 2001.

“Las opiniones llamarán a este día como uno oscuro —o un desgraciado final a los años Trump, la culminación trágica de una peligrosa y escalada retórica y conducta— pero sobre el terreno se siente más como el inicio de algo que el final”, escribía Declan Leary en una rocambolesca crónica testimonial de ese día para *The American Conservative*.

La veterana y siempre lúcida periodista Hellen Cobban escribía en febrero del año pasado que uno de los rasgos diferenciadores del colapso imperial de los Estados Unidos ha sido el ser único estimulado por su propia dirigencia, incluyendo el desplome de sus zonas de influencia.

Queda por ver si se trata de una observación aguda o profética. Mientras tanto, sectores de la derecha radical ya anuncian que volverán a Washington para el día de la inauguración de la presidencia 46, la administración Biden, el 20 de enero (actualización: formaciones armadas como los Bugallo Bois ya comienzan a hacerlo, acercándose también a los Capitolios en las capitales de distintos estados. El ciclo Trump comenzó con las sostenidas maniobras y denuncias de fraude por parte de tres cuartas partes del Washington oficial;

51. Marcetic, op. cit., p.160



Un hombre en monopatín con bandera de Biden el día de la inauguración. **Foto:** (Geoff Livingston / Flickr)

el ciclo 2021 también inicia con la misma denuncia, pero ahora es la otra mitad del país, en particular la población abandonada, plebeya y reaccionaria. El fraude electoral en Estados Unidos es una constante histórica, y bipartidista.

Este informe se iniciaba aplicando el filtro analítico de la táctica insurreccional/golpista al ciclo electoral la simulación política. Culmina con una inversión de los actores, donde, una vez más, el campo Trump fracasa, ahora “en el arte de la toma del Estado”, donde su adversario pudo controlar sin dificultades los canales técnicos. No sin acusar daño e impacto. Si los momentos de mayor 51 Marçetic, op. cit., p.160 represión durante el verano de 2020 establecía la analogía de las tácticas de control como las de un ejército de ocupación, la militarización de la capital es ya su perfeccionamiento, espejo de la ocupación de Irak.

El 15 de enero, a cinco días de la inauguración, la alcaldesa Bowser de Washington anunció que la ciudadanía debe acostumbrarse a esta “nueva normalidad”: “Creo que todo nuestro país comenzará a lidiar con

cómo nuestro aparato de inteligencia, de seguridad, a todo nivel, se enfrenta a una verdadera y actual amenaza a nuestra nación”. La nueva normalidad como estado de excepción.

Aquella imagen del poder, “monolítica desde afuera y laberíntica desde adentro” como lo definía Pier Paolo Pasolini, en el caso de “la nación excepcional e indispensable” pareciera avanzar, luego de un consenso restituido, a la restauración pero con una apretada de tuerca tecnodictatorial con la posibilidad adicional de revuelta más violenta y más aguda, que augura días más sombríos emanados desde la actual capital del imperio, sin el más mínimo asomo de querer hacer algo respecto a su adicción a la guerra.

Sólo que ahora libra esa guerra contra sí mismo. Con un nuevo tiempo que también será gobernado por el miedo.

REFERENCIAS

Blumenthal, Max. The Management of Savagery. How America's National Security State Fueled the Rise of Al Qaeda, ISIS, and Donald Trump. Verso, Londres, 2019.

Frank, Thomas. Listen, Liberal or What Happened to the Party of the People. Metropolitan Books. New York, 2016.

Rendezvous with Oblivion: Reports from a Sinking Society. Metropolitan Books. New York, 2018.

The People, No: A Brief History of Anti-Populism. Metropolitan Books, New York, 2020.

Johnson, Chalmers. Blowback. The Cost and Consequences of American Empire. Henry Holt & Company. New York, 2000.

Kazin, Michael. The Populist Persuasion: An American History. Cornell University Press. Ithaca / London, 1995.

Luttwak, Edward. Coup d'Etat. A practical handbook, Revised Edition. Harvard University Press. Cambridge, 2016.

Malaparte, Curzio. Técnica del golpe de Estado. Editorial Tolema. Traducción Jacobo Gurdjieff. Buenos Aires, 2008. Marcetic, Branko.
Yesterday's Man: The Case Against Joe Biden. Verso Books. 2020

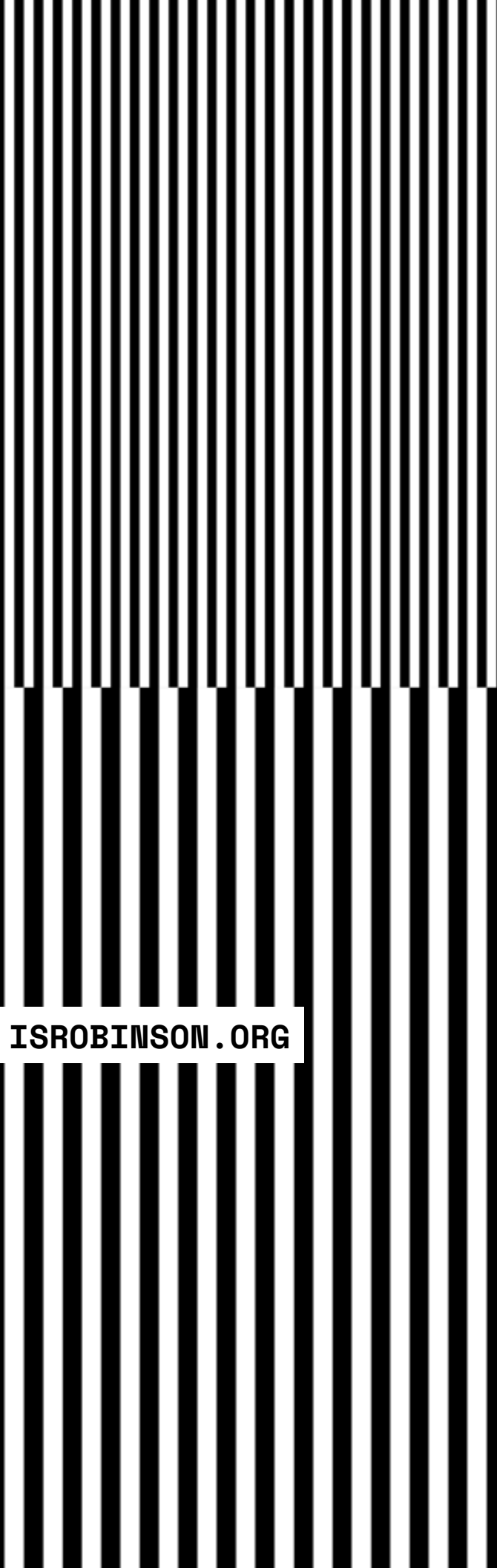
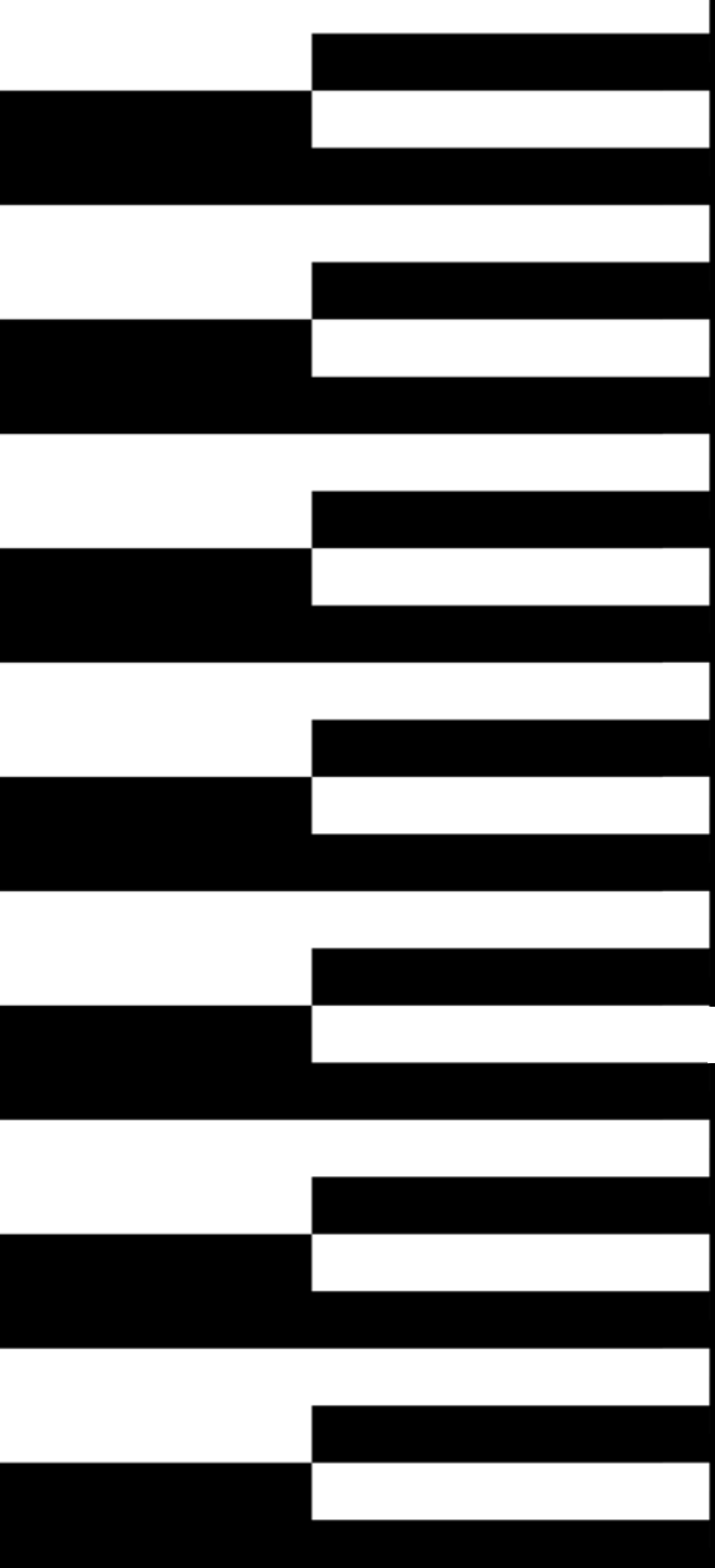
Marcetic, Branko. Yesterday's Man: The Case Against Joe Biden. Verso Books. London, 2020.

McSherry, J. Patrice. **Predatory States. Operation Condor and Covert War in Latin America.** Rowman & Littlefields Publishers Inc. Maryland, 2005.

Scott, Peter Dale. **American War Machine: Deep Politics, the CIA Global Drug Connection and the Road to Afghanistan.** Rowman & Littlefield Publishers Inc. Maryland, 2010.

Thompson, Hunter S. Fear and Loathing on the Campaign Trail '72. Harper Perennial. London, 1973.

Wolin, Sheldon. Democracy Incorporated. Managed Democracy and the Specter of Inverted Totalitarianism. Princeton University Press. New Jersey, 2008.



ISROBINSON.ORG